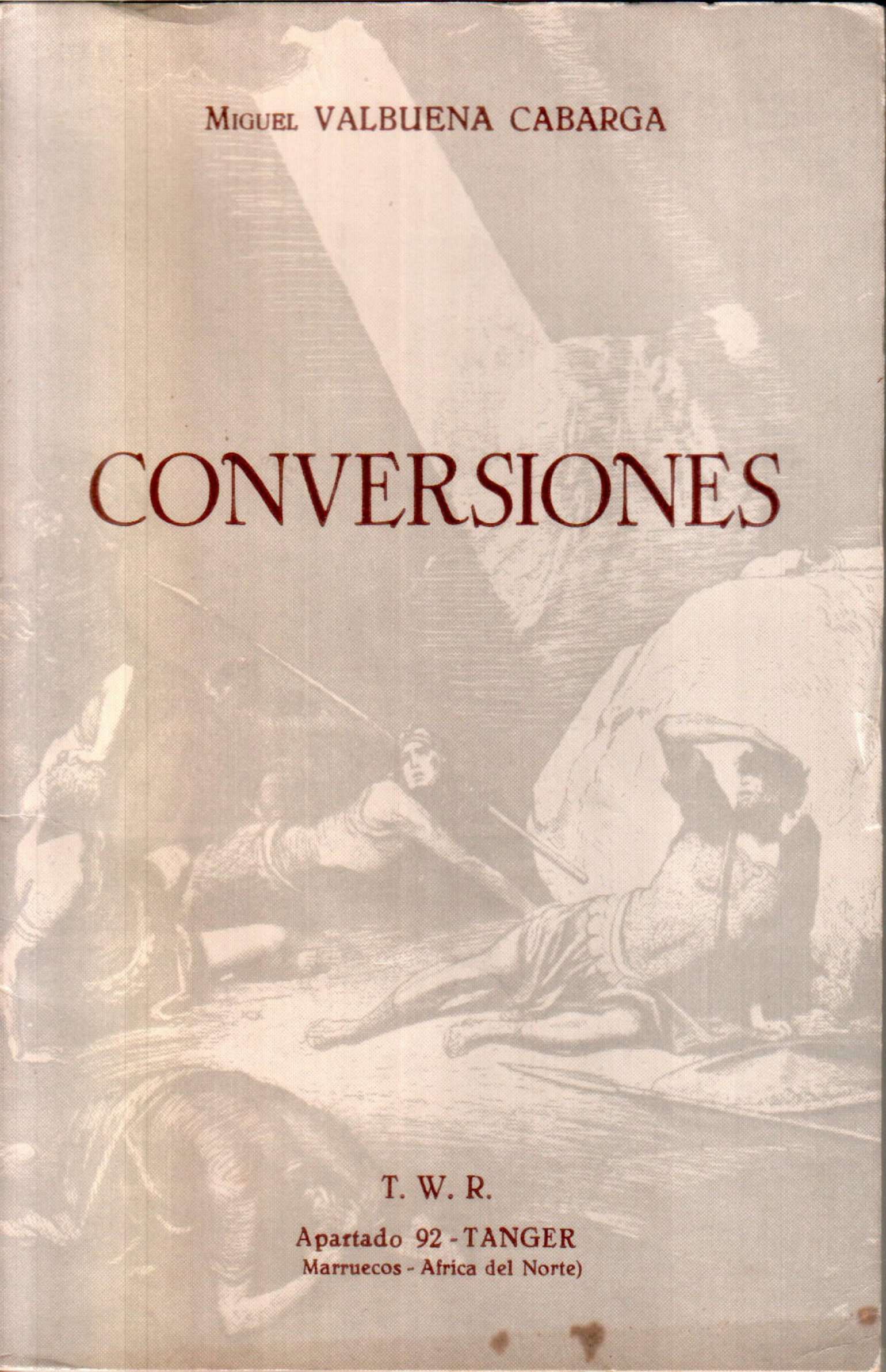
MIGUEL VALBUENA CABARGA

CONVERSIONES



T. W. R.

Apartado 92 - TANGER
Marruecos - Africa del Norte)

MIGUEL VALBUENA CABARGA

CONVERSIONES

T. W. R.

Apartado 92 - TANGER
(Marruecos - Africa del Norte)

INDICE

		Págs.
	Prólogo	7
I.	Saulo de Tarso	9
II.	Simón Pedro	17
III.	Juan Apóstol	25
IV.	Nicodemo	33
V.	El ladrón en la cruz	41
VI.	La mujer cananea	49
VII.	El ciego de nacimiento	57
VIII.	Zaqueo el publicano	65
IX.	Legión el endemoniado	73
X.	La mujer samaritana	81
XI.	Cornelio el centurión	89
XII.	El carcelero de Filipos	97
XIII.	El ministro etíope	105
XIV.	Simón Mago	113
XV.	Judas Iscariote	121

PROLOGO

Escribir sobre las conversiones en la Santa Escritura, es equivalente a escribir sobre todo el contenido del libro de Dios, ya que desde el principio al fin de la revelación divina, existe un continuo desfile de personajes que se van convirtiendo a Dios. Quizás a algún lector le parecerá algo monótono el constante machacar del autor sobre la palabra conversión, pero lo cierto es, que no existe término que con más propiedad exprese ese renuevo del alma, esa obra indefinida y misteriosa, la cual, apropiándonos las palabras de Jesucristo, podríamos comparar al «aire que sopla donde quiere pero no sabes de dónde viene ni adónde va».

Este pequeño volumen no tiene la pretensión de exponer la doctrina de la conversión, sino más bien de ilustrarla. La rica variedad de conversiones que hemos escogido en el Nuevo Testamento, permitirá al lector hallar «su» caso. Desde el ladrón hasta el endemoniado, pasando por el religioso, el ministro de hacienda, el soldado, el mendigo y la mujer de vida desordenada, todos pueden hallar en las Escrituras Santas un relato de conversión que les aleccione y llene de esperanza. El único deseo del autor es que cada uno de los lectores, cuando halle «su» caso, se decida a emularlo con todo su corazón.

Para una mejor comprensión de las conversiones que se tratan en este libro, recomendamos especialmente la lectura de los fragmentos de los Santos Evangelios y de Los Hechos de los Apóstoles que relatan la historia del personaje convertido. Dichos fragmentos han sido tomados de dos versiones católicas: Bover-Cantera y Nácar-Colunga.

I

SAULO DE TARSO

«*Mas por esto alcancé misericordia, para que en mí primero mostrase Cristo Jesús toda su longanimidad, para ejemplo viviente de los que habían de creer en El para la vida eterna*» (I Timoteo 1: 15).

Sus razones tenía Pablo, el apóstol, para presentarse, por medio de esta declaración, como un ejemplo viviente de conversión. En efecto, entre los millones de conversiones que se han producido, la de Saulo de Tarso, el acérrimo perseguidor de la Iglesia, es una de las más extraordinarias, no sólo por el elemento sobrenatural que intervino en ella, sino también por la influencia que sobre la historia del mundo ha tenido la nueva personalidad que surgió de esta conversión. Es difícil exagerar el papel que Pablo ha desempeñado en la historia de la humanidad. Sin ánimo de rebajar la obra de los demás Apóstoles, podemos decir que Pablo fue el artífice en las manos de Dios, para dar al Evangelio el carácter universal que le correspondía. En un aspecto, puede parangonarse la conversión de Saulo de Tarso con el llamamiento de Abraham; a éste, Dios le llamó para crear, por medio suyo, un pueblo especial que iba a separar la humanidad en dos grupos raciales distintos: el que recibiría como depósito sagrado, la revelación divina; y los demás pueblos. La voca-

ción de Pablo, el apóstol, después de su conversión, fue la de restaurar la humanidad a una unidad que, sin distinciones ni exclusivismos, pudiera beneficiarse de los privilegios del Evangelio universal de Cristo. Dirigiéndose a los fieles no judíos, Pablo, en efecto, les dice: «*Acordaos de que un tiempo vosotros, gentiles según la carne, estuvisteis entonces sin Cristo, alejados de la sociedad de Israel, extraños a la alianza de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo; mientras que ahora, por Cristo Jesús, los que en un tiempo estabais lejos, habéis sido acercados por la sangre de Cristo, pues El es nuestra paz, que hizo de los dos pueblos uno, derribando el muro de separación, la enemistad, anulando en su carne la Ley de los mandamientos formulada en decretos, para hacer en Sí mismo de los dos un solo hombre nuevo, estableciendo la paz, y reconciliándolos a ambos en un solo cuerpo con Dios, por la cruz, dando muerte en Sí mismo a la enemistad*» (Efesios 2: 11-16).

Saulo no vio por vez primera la luz en la tierra de Palestina, sino según él mismo dice, en «*Tarso, ciudad ilustre de la Cilicia*». La fecha de su nacimiento no se sabe con exactitud, pero, admitiendo que Saulo tuviera unos treinta años en el momento de su conversión, puede deducirse que nació en el año 6 ó 7 de nuestra era, o sea, cuando Jesucristo tenía unos 10 años, y probablemente ayudaba a su padre putativo, en el humilde taller de Nazaret. A pesar de todas las evidencias respecto al lugar de nacimiento de Saulo, señalaremos como simple curiosidad, que Jerónimo cree que Saulo nació en la pequeña localidad de Giscala, en Judea, y que a raíz de la ruina de este lugar por los romanos, la familia de Saulo emigró a Cilicia. De los padres de Saulo poco se sabe, tan sólo que eran de la tribu de Benjamín, y fariseos, lo que equivale a decir, que seguían estrictamente y con fidelidad las tradiciones judaicas de Palestina. Por el

relato de Lucas en los Hechos de los Apóstoles, sabemos que Saulo tenía una hermana casada en Jerusalén, pero no se nos dice que tuviera otros hermanos. Probablemente Saulo pasó su niñez en Tarso, que en aquella época, según Xenofonte, era «una ciudad grande y próspera». La vida literaria y artística de Tarso, competía en esplendor con la de Atenas y Alejandría, siendo uno de los focos más brillantes de erudición griega. Muchos han querido ver la especial providencia de Dios, en el hecho de que Saulo haya sido, sin duda, influenciado en su tierna edad por aquel ambiente cosmopolita griego, que tanto le ayudó más tarde a presentar el Evangelio al mundo heleno y tratar de ganarlo para Cristo. Es difícil saber con certeza si Saulo fue un joven versado en filosofía y literatura griega. Las raras citas de escritores y filósofos helenos que se le atribuyen, no bastan para afirmar que Saulo poseyera un conocimiento profundo de las obras del genio griego.

Probablemente, el joven Saulo fue enviado por sus padres a Jerusalén, para cursar sus estudios con los célebres maestros de la capital, cuando tenía doce o trece años de edad. Pablo mismo debía declarar más tarde que, «*fue educado en Jerusalén e instruído a los pies de Gamaliel, según el rigor de la Ley patria*» (Hechos de los Apóstoles 22: 3). El caso del ilustre doctor judío Gamaliel, a quien sus compatriotas llamaron, «el esplendor de la Ley», es excepcional, pues el Talmud recoge la tradición atribuida a Simón, uno de sus hijos, de que Gamaliel tuvo 1.000 discípulos, 500 de los cuales estudiaban la Ley, y los 500 restantes, la filosofía y literatura griega. Es de esta época de su vida que, escribiendo a los fieles de Galacia, Pablo les dice, como en su fervor juvenil, «*aventajaba en el judaísmo sobre muchos de su edad en su nación, siendo excesivamente celador de las tradiciones de sus padres*» (Gálatas 1: 14).

Al propio tiempo que cursaba sus estudios rabínicos, Saulo tuvo que aprender un oficio, por medio del cual pudiera algún día atender a sus necesidades materiales. Los rabinos, en efecto, debían poder enseñar gratuitamente. Parece que Saulo escogió el de «*fabricante de tiendas de campaña*» (Hechos de los Apóstoles 18: 3). Juan Crisóstomo en uno de sus célebres sermones, alude al oficio de Saulo, con estas palabras: «San Pablo era fabricante de tiendas y continuó trabajando de sus propias manos después de su conversión. Que ninguno se avergüence de su condición, sino los que son perezosos y viven a expensas de los demás».

Antes de entrar en los detalles de la conversión de Saulo, diremos algo acerca de su aspecto físico. Se han propuesto las más absurdas descripciones de Saulo, llegándose, incluso, a asegurar que era jorobado. La realidad, es que nada se sabe con certeza, aparte de lo que el mismo Pablo escribe acerca de la opinión que algunos corintios tenían de su persona. Será, sin duda, interesante transcribir sus propias palabras: «*Hay quien dice,* escribe Pablo, *que las cartas son graves y fuertes, pero la presencia corporal es poca cosa y la palabra menospreciable*» (II Corintios 10: 10). Como curiosidad, diremos aún, que Clemente de Alejandría insinuó que Pablo estaba casado, aunque, la mayoría de los eruditos no hallan ningún indicio en la Santa Escritura que confirme la suposición de aquel insigne Padre de la Iglesia.

La conversión de Saulo, aunque parezca una paradoja, es la conversión de un hombre profundamente religioso. Si no admitimos sus sinceros sentimientos religiosos, es imposible comprender el cambio tan instantáneo y radical que se operó en su vida. Cuando tuvo que defenderse ante el rey Agripa, Pablo le expuso las condiciones de su vida religiosa, antes de su conversión, en estos términos: «*Todos los judíos conocen cómo he vivido yo desde el principio de mi juventud en Jerusalén, en medio de mi pueblo; y si quisieran dar testimonio, saben de mucho tiempo atrás que viví como fariseo, según la secta más estrecha de nuestra religión*» (Hechos de los Apóstoles 26: 4-6). A pesar de su intachable conducta religiosa, y de su ferviente celo por cumplir las numerosas exigencias de la Ley, así como, las tradiciones de los ancianos, Saulo pronto descubrió que la verdadera religión no consistía solamente en el cumplimiento de mandamientos y ceremonias externas, sino en algo más profundo, que en su propia conciencia intuía: en una justicia y santidad interior que él, con todos sus esfuerzos no había podido conseguir. Este íntimo conflicto espiritual, lo expone Pablo en una de sus epístolas, con tanta claridad, que a través de sus declaraciones se advierte la angustia de un alma que, cuanto más trataba por sí misma de agradar a Dios, tanto más sentía su incapacidad e indignidad. Veamos, como el mismo Saulo lo expresa: «*Porque no sé lo que hago; pues no pongo por obra lo que quiero, sino lo que aborrezco eso hago. Si, pues, hago lo que no quiero, reconozco que la Ley es buena. Pero entonces ya no soy yo quien obra esto, sino el pecado, que mora en mí. Pues yo sé que no hay en mí, esto es, en mi carne, cosa buena. Porque el querer el bien está en mí, pero el hacerlo no. En efecto, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero*», y como resultado de este conflicto, Saulo tiene que exclamar: «¡*Desdichado de mí*! *¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?*» (Romanos 7: 15-24).

No es difícil comprender que este mismo desasosiego interior, condujera a Saulo a intensificar sus esfuerzos, y a redoblar su celo en la sola dirección que le era permitida, es decir, en la exterior. Así lo testifica más tarde, diciendo: «*Yo me creí en el deber de hacer mucho contra el nombre de Jesús Nazareno, y lo hice en Jerusalén, donde encarcelé*

a muchos santos, con poder que para ello tenía de los príncipes de los sacerdotes, y cuando eran muertos, yo daba mi voto», y para mostrar como había llegado al colmo su celo, añade, «*muchas veces por todas las sinagogas los obligaba a blasfemar a fuerza de castigos, y loco de furor contra ellos, los perseguí hasta en las ciudades extrañas*» (Hechos de los Apóstoles 26: 9-11). Tan extraordinario era aquel celo religioso de Saulo, que pronto se convirtió en fanatismo, el cual supieron bien aprovechar los dirigentes judíos. En efecto, Pablo nos cuenta su determinación de extender su radio de acción contra la nueva herejía de los Nazarenos, diciendo: «*El mismo sumo sacerdote me es testigo y todo el consejo de los ancianos, de quienes recibí cartas para los hermanos de Damasco, adonde fuí para traer encadenados a Jerusalén a los que allí había a fin de castigarlos*» (Hechos de los Apóstoles 22: 5).

Sin embargo, debemos creer que toda esta furia persecutoria no tenía a su base el deseo de hacer daño por maldad, sino más bien el de extirpar lo que él creía era la verdadera maldad. Así se cumplían al pie de la letra, en Saulo, las palabras de Cristo a sus Apóstoles: «*Os echarán de la sinagoga; más aún, llega la hora en que todo el que os quite la vida, pensará prestar un servicio a Dios*» (Juan 16: 2). Si se estudia con atención la conversión de Saulo, se ve claramente que, en el fondo, el celo religioso, así como, el fervor en el servicio, fueron conservados en la vida de Saulo después de su conversión, pero dirigidos en la correcta dirección, hacia la suprema meta que era el Cristo glorificado, el mismo que se le apareció en el camino de Damasco. Pero, dejemos que Pablo relate lo que ocurrió el día de su conversión: «*Para esto mismo* — se refiere a la persecución de los cristianos — *iba yo a Damasco, con autoridad y comisión de los sumos sacerdotes, al mediodía, yendo yo mi camino, vi, ¡oh rey Agripa!, venida del cielo, más fulgurante que la del sol, una luz que con sus fulgores nos envolvía a mí y a los que conmigo iban. Y habiendo caído por tierra todos nosotros, oí una voz que me decía, en lengua hebrea: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Duro te es dar coces contra el aguijón. Yo dije: ¿Quién eres, Señor? El Señor me dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Mas levántate y ponte en pie, pues para esto me he dejado ver de ti, para hacerte ministro y testigo de lo que has visto y de lo que te mostraré aún, librándote del pueblo y de los gentiles, a los cuales yo te envío para que les abras los ojos, se conviertan de las tinieblas a la luz y del poder de Satanás a Dios, y reciban la remisión de los pecados y la herencia entre los santificados por la fe en mí*» (Hechos de los Apóstoles 26: 12-18).

No podemos decir, con certeza, cuales fueron «las coces» que Cristo tan duramente reprocha a Saulo; pero, por las propias declaraciones de Pablo, más tarde, nos damos cuenta de que aquella intensa lucha del joven fariseo contra sí mismo, y sus fanáticos esfuerzos en contra de lo que él creía ser una herejía, le condujeron a la ruina espiritual y al borde de la desesperación. No es sorprendente, pues, que Pablo sea más tarde el apóstol del Evangelio de la gracia de Dios y de la fe en Cristo, el cual resume en un párrafo de su carta a los fieles efesios, diciendo: «*Sí que por la gracia habéis sido salvados mediante la fe; y esto no de vosotros, que de Dios es el don; no en virtud de obras, para que nadie se glorie*» (Efesios 2: 8-9).

Pero, como sabemos que algunos han abusado de los textos apostólicos, oponiendo a Pablo y Santiago, en esta cuestión de la salvación del alma, terminaremos transcribiendo una declaración de San Agustín, a este respecto, y deseando que aleccionados por la conversión de aquel joven religioso, Saulo de Tarso, también algunos religiosos como él, puedan

aceptar por la fe esa salvación eterna que Cristo les ofrece en su gracia: «Estos dos Apóstoles, dice Agustín, en ningún modo se contradicen; San Pablo alaba la fe de Abraham, y Santiago sus obras. Este último, menciona la obra más sobresaliente de Abraham, el sacrificio que hizo a Dios de Isaac su hijo; esta es, sin duda, una obra admirable, pero, ¿de dónde proviene? De la fe. La obra es el edificio; el fundamento es la fe. Yo admiro la hermosura del fruto, pero veo que la fe es la raíz de él. Si Abraham no hubiera tenido por móvil una fe recta y sincera, por excelente que la acción hubiera sido en sí misma, no le hubiera servido de nada».

II

SIMON PEDRO

«Nuestro Señor Jesucristo, deseando establecer su Iglesia en todo el orbe, para confundir con lo débil del mundo a los fuertes y sabios, no echó mano de reyes y senadores, sino de pescadores humildes. De haber escogido altos dignatarios, fuesen ellos cualesquiera, hubiéranse atribuido el favor, y no a la gracia de Dios».

Con esta declaración, San Agustín nos presenta un aspecto de la personalidad de algunos Apóstoles que están a la base de la Iglesia. Para los Padres de la Iglesia, el humilde origen de los Apóstoles era una gloria; el propio San Juan Crisóstomo, en una de sus homilias no se avergüenza de decir: «Nosotros somos discípulos de estos pescadores, de estos publicanos, de este fabricante de tiendas, y del que fue criado en casa de un carpintero». En Simón Pedro, concurren varias de las características que menciona San Agustín: era un humilde pescador, un hombre con sus debilidades, pero al mismo tiempo un sencillo discípulo que supo dar toda la gloria a Dios y a su gracia.

Simón Pedro es, quizás, el Apóstol que se nos presenta con trazos más humanos, más nuestros. No hallamos en él, el fanatismo sanguinario de un Saulo de Tarso, ni la mística elevación de un Juan, o la austeridad de un Santiago, simple-

mente hallamos un hombre como muchos, con sus virtudes y sus defectos, pero eso sí, con un gran corazón. Para que nada le faltase, el Evangelio nos dice que Simón Pedro estaba casado y su suegra vivía con él (Mateo 8: 14-15). Pero, donde Simón se acerca más a nosotros, es en sus debilidades. En efecto, nadie recibió de la parte de Jesucristo palabras más hermosas, pero tampoco a ninguno de sus Apóstoles, Cristo habló tan duramente como a Pedro. San Agustín, en uno de sus sermones, expone este hecho diciendo: «Pedro había sido un audaz presuntuoso y fue luego un tímido negador», y aún añade, «eso era lo que Pedro tenía de suyo: el temor, el miedo, el horror a la muerte; todo eso era de Pedro; mejor dicho: de Simón, no de Pedro. Y le dice Jesús: «*Quítate de ahí, Satanás. Bienaventurado eres, Simón hijo de Juan. Quítate, Satanás. Bienaventurado eres Simón*; he ahí la obra de Dios. *Vete de aquí, Satanás*; he ahí la obra de Pedro. Recordad por qué se le llama bienaventurado: *Porque ni la carne ni la sangre te han revelado eso, sino mi Padre que está en los cielos.* ¿Por qué le llama Satanás? Que lo diga el mismo Señor: *Porque gustas lo que es de los hombres y no lo que es de Dios*» (Mateo 16: 17-23).

Simón, era probablemente oriundo de Betsaida, localidad situada a orillas del mar de Galilea. No se sabe con certeza la fecha de su nacimiento, aunque por algunas actitudes que tomó con respecto a Jesucristo (Mateo 16: 22), se cree que era de más edad que el Divino Maestro. Su padre se llamaba Juan o Jonás. Por el relato evangélico, parece que Andrés y su hermano Simón, eran socios de Santiago y Juan, en un negocio de pesca.

Poco es lo que se sabe de la preparación intelectual de Simón; sin embargo, por medio de sus epístolas, puede deducirse que el joven Simón había buscado saciar su sed

intelectual y espiritual en los sagrados libros que se transmitían en Israel, de generación en generación. Aunque casado, no se sabe que el matrimonio haya tenido descendientes. Acerca de su esposa, son muy pocos los datos que poseemos; puede asegurarse, empero, que fue una fiel cristiana, que incluso le acompañaba en sus viajes misioneros, según San Pablo declara en una de sus cartas (I Corintios 9: 5). Clemente de Alejandría, a quien cita Eusebio en su Historia Eclesiástica, nos ofrece unos preciosos detalles de la escena que precedió al martirio de la esposa de Simón Pedro; dice así: «Cuentan que, habiendo visto el bienaventurado Pedro que su esposa era conducida al suplicio, se regocijó de que, habiendo sido llamada por Dios, había de regresar luego a la patria; y que llamándola con su propio nombre, exclamó con voz a la vez exhortatoria y consoladora: Mujer, acuérdate del Señor; tales eran los matrimonios de los santos; tal era el amor perfecto de los queridísimos».

Simón, como su hermano Andrés, fueron profundamente conmovidos por la predicación de Juan el Bautista. Especialmente Simón, hallaría en el mensaje del precursor del Cristo, un eco de sus propias convicciones y esperanzas sobre el Mesías. No debemos, sin embargo, pensar que el ideal mesiánico del joven y rudo pescador, coincidía plenamente con la visión espiritual de aquel austero profeta, pero, ciertamente, en Simón se cumplieron las palabras que Isaías había predicho: «*Todo barranco se rellenará y todo monte y collado se rebajará; y lo tortuoso se hará recto, y lo áspero, caminos llanos; y verá toda carne la salud de Dios*» (Lucas 3: 5-6).

Sin temor a equivocarnos, podemos afirmar que el bautismo de arrepentimiento recibido de Juan, constituyó la primera piedra de la conversión de Simón. No es sorprendente, pues, que cuando Andrés llevó a su hermano a la presencia

de Cristo, éste viera en Simón un alma preparada, y más que un «monte o collado», de los que Isaías predijo, discernió en él una «piedra», por lo cual le dijo: «*Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú serás llamado Cefas, que quiere decir Pedro*» (Juan 1 : 42). Aunque desde aquel momento Simón Pedro se consideró como discípulo de Cristo, es difícil creer que se había producido una verdadera transformación en su alma. No creemos que la conversión de Pedro fuera una conversión instantánea, como la de Pablo. Sin duda, Simón, el joven galileo, celoso patriota, participaba de las mismas ideas mesiánicas, un tanto políticas, que en general estaban difundidas en aquellos días entre el pueblo judío. Su contacto con el Bautista, encauzaría su celo mesiánico hacia algo más espiritual; su encuentro con Jesús le confirmaría en ese carácter espiritual del Reino de Dios, pero, con todo, lo más importante, lo personal, es decir, sus relaciones íntimas con Dios, todavía no se habían definido. Todo ello, nos hace creer que el punto culminante de la conversión de Pedro, coincidió con su decisión de abandonarlo todo para seguir definitivamente a Cristo. Pero, veamos lo que ocurrió en aquella jornada memorable para Simón.

El Maestro hallábase en la orilla del lago de Genesaret. Habiéndose agolpado la multitud a su alrededor para oír la palabra de Dios, Jesús decidió usar como púlpito la barca de Simón. Tan pronto cesó de hablar el Maestro pidió a Simón que bogase mar adentro, con el fin de echar las redes para pescar. Simón, buen conocedor de su oficio, sabía que era inútil hacerlo, pues, habiendo trabajado toda la noche, nada habían pescado; con todo, no sabemos si influenciado por lo que acababa de oír, o intuyendo algún nuevo prodigio de su Maestro, le dijo: «*Sobre tu palabra, Maestro, soltaré las redes*» (Lucas 5 : 5). Ocurrió algo milagroso, ya que

cogieron una cantidad tan grande de peces, que las redes se rompían, debiendo llamar a sus socios, Santiago y Juan, para que vinieran a ayudarles con su barca. El Evangelio nos dice que, «*viendo esto, Simón Pedro se postró a los pies de Jesús diciendo: Señor, apártate de mí, que soy hombre pecador. Pues así él, como todos sus compañeros, habían quedado sobrecogidos de espanto ante la pesca que habían hecho*» (Lucas 5 : 8-9).

Debe señalarse, que en esta declaración de Simón Pedro, se hallan dos elementos esenciales que concurren en toda conversión genuina. El primero, una visión de Jesucristo; el otro, la visión de la miserable condición de uno mismo. Hasta aquel momento, Simón Pedro había tenido una gran consideración por aquel joven maestro de Nazaret; había, incluso, dejado a Juan el Bautista, para seguir a este nuevo predicador que no sólo enseñaba como ningún otro doctor, sino que además realizaba muchos prodigios en apoyo de su divina misión. Con todo, para Simón, Jesucristo era un maestro más. Su conversión se estaba elaborando, pero no llegó a su punto culminante hasta que, por medio de aquel prodigio de la pesca milagrosa, «*fue hecho testigo ocular de Su majestad*» (II Pedro 1 : 16). Espontáneamente, Simón llama a Jesús, Señor, es decir, «Kirios», atribuyéndole así todos los atributos de la divinidad. Esa nueva visión de la persona y santidad de Cristo, le descubre, al mismo tiempo, su propia indignidad, y no hay duda de que la exclamación de Simón, incluye el conocimiento de su pecado, y a la vez el germen de un sincero arrepentimiento que le conducirá a entregar su vida por completo a Cristo, cosa que el Evangelio describe en estos términos: «*Y atracando a tierra las barcas, lo dejaron todo y le siguieron*» (Lucas 5 : 11). Así es como se convirtió uno de los Apóstoles que llegó a ser, como Cristo había predicho,

una «piedra» en su Iglesia. Diríase, por los escritos y sermones de Pedro, que haciendo honor a este sobrenombre de «piedra», que le había concedido Cristo, Simón se dedicó a exponer con más claridad, si cabe, que los demás Apóstoles, el significado real del simbolismo que se escondía detrás de aquellas palabras. Así vemos, como escribiendo a los fieles, les dice: «*Si es que habéis gustado cuán bueno es el Señor, a El habéis de allegaros, como a piedra viva, rechazada por los hombres, pero por Dios escogida, preciosa. Vosotros como piedras vivas sois edificados una casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptos a Dios por mediación de Jesucristo. Por lo cual en la Escritura se lee: «He aquí que yo pongo en Sión una piedra angular, escogida, preciosa, y quien en ella cree, no será confundido» (Isaías 28: 16). Para vosotros, pues, los creyentes es honor, mas para los incrédulos la piedra que desecharon los constructores, ésta vino a ser piedra angular (Salmo 117: 22), y piedra de tropiezo y roca de escándalo (Isaías 8: 14), los cuales tropiezan por no recibir sumisos la palabra, para lo cual habían sido ya destinados*» (I Pedro 2: 4-8).

San Agustín disertando en uno de sus sermones sobre este asunto, nos aclara el pensamiento de Pedro, diciendo: «Pedro se llamaba Simón, y el Señor le cambia el nombre en el de Pedro, porque en él había de estar representada la Iglesia. Era Cristo Piedra, y había de ser Pedro el pueblo cristiano. Piedra es el nombre principal, y por tanto, Pedro viene de Piedra, no Piedra de Pedro. *Tú eres Pedro; y sobre esta Piedra* que has confesado, sobre esta Piedra que has conocido diciendo: *Tú eres el Cristo Hijo de Dios vivo, edificaré mi Iglesia;* es decir, la edificaré sobre Mí mismo, que soy Hijo de Dios vivo, y te edificaré a ti sobre Mí, no a Mí sobre ti».

Quizás, la conclusión más apropiada, sería transcribir las propias palabras que Pedro dirigió al final de una de sus declaraciones ante el tribunal judío, el mismo que había asumido la responsabilidad de la muerte de Cristo. Así se expresa el Apóstol Pedro: «*Jesucristo Nazareno, El es la piedra rechazada por vosotros los constructores, la que ha venido a ser piedra angular. En ningún otro hay salud, pues ningún otro nombre nos ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, por el cual podamos ser salvos*» (Hechos 4: 11-12).

III

JUAN APOSTOL

«*Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros; y contemplamos su gloria, gloria cual del Unigénito procedente del Padre: lleno de gracia y de verdad*» (Juan 1: 14).

Con estas palabras, Juan resume el hecho central de su vida. Para este Apóstol, en efecto, más que una hermosa doctrina, el Cristianismo es una inefable persona: Jesucristo. Juan, el socio y compañero de Pedro, es el Apóstol de características más singulares. Existe un marcado contraste entre Juan, y Pedro o Pablo, por ejemplo; estos últimos sobresalen por su talento dialéctico, su capacidad mental, sus luchas contra sus antiguas concepciones o los impulsos de su fuerte personalidad; en Juan, hallamos más bien al hombre de carácter profundo, intuitivo, reservado, con tendencia a la contemplación. A pesar de ser un sencillo pescador, a quien los líderes religiosos de Israel tildaron de «*hombre sin letras y plebeyo*», Juan el Apóstol poseyó el genio de los grandes maestros de la humanidad; las inspiradas obras que Juan dejó escritas, le valieron el sobrenombre de «el Teólogo».

De todas las virtudes que adornaron la personalidad de Juan, la que ha pasado a la posteridad como más sobresaliente, es el amor. Juan poseyó, en efecto, una naturaleza amante, apasionada; sin embargo, esta pasión estuvo, en

ocasiones, en peligro de desbordar y transformarse en un peligroso torrente, si no hubiera sido canalizada por la gracia de Dios. Así vemos, que aquél que se convertiría más tarde en el «Apóstol del amor», llega a pedir a Jesucristo el mayor castigo del cielo para unos pobres samaritanos, diciendo: «*Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma?*» (Lucas 9: 54).

No hay duda que Juan ha sido uno de los místicos más grandes; sin embargo, en ocasiones, se ha querido desvirtuar su misticismo, presentándonos la personalidad de Juan con trazos poco varoniles. El misticismo de Juan, es el misticismo normal del cristiano que queda prendado de Cristo, pero que se elevó a un grado superior, por la delicadeza y profundidad de sus sentimientos hacia su amado Maestro. Difícil sería negar, por ejemplo, que Pablo fue otro gran místico, pero, el misticismo paulino se concretizó en distintas características que el de Juan. Las teorías sobre el misticismo poco varonil de Juan, se derrumban ante los relatos del Evangelio. En efecto, tal era la fuerza de carácter y el celo que Jesucristo advirtió en Juan y su hermano Santiago, que cuando el Divino Maestro escogió a los doce Apóstoles, a los dos hijos de Zebedeo les «*impuso por nombre Boanerges, esto es, hijos del trueno*» (Marcos 3: 17). No sabemos con certeza lo que implicaba este sobrenombre de «hijos del trueno», pero en una ocasión, los dos hermanos con su madre Salomé, desvanecieron con su ambición y egoísmo, la aureola que podía haberse formado sobre el delicado misticismo de Juan. Sobre este incidente, San Agustín, en uno de sus sermones, escribe lo siguiente: «Habéis oído lo que acerca de los hijos de Zebedeo se dice en el Evangelio. Deseaban ocupar los primeros puestos en el cielo, uno a la derecha y otro a la izquierda del Padre de familias. Preciso es confesar, que eran grandes sus aspiraciones. Querían subir muy arriba; pero como se

olvidaron de las condiciones necesarias para llegar allá, Cristo que se interesa por ellos, aparta sus ambiciones del lugar adonde quieren ir y se las inclina hacia el camino que deben seguir», y San Agustín añade, «¿Buscáis a Cristo en su gloria? Buscadle primero en sus humillaciones. ¿Queréis reinar y gloriaros en el trono de Cristo? Aprended primero a decir: Lejos de mí gloriarme en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo». El misticismo de Juan no es algo mórbido, más bien tiene un fundamento sencillo, pero profundo, que Juan en una simple frase expone: «*Nosotros, amamos a Dios, porque El nos amó primero*» (I Juan 4: 19). Es sobre esta base del amor que se funda su genuino misticismo. Jerónimo, cuenta a este respecto, que cuando Juan, ya muy entrado en años habitaba en Efeso, solía repetir a los fieles: «Hijitos, amaos los unos a los otros». Cuando, en cierta ocasión, algunos se sorprendieron de oírle repetir aquella escueta exhortación, el Apóstol les dijo: «Si amáis, todo lo demás huelga».

Juan, nació, probablemente, en Betsaida, en un hogar de pescadores. Su padre Zebedeo tenía un pequeño negocio de pesca, por lo que podemos deducir que la situación de la familia era desahogada. Su madre Salomé, es una de las mujeres, mencionadas en los Evangelios, que seguían a Jesús, sirviéndole con sus bienes. Fue, sin duda, en el ambiente piadoso de aquel hogar galileo, donde Juan y Santiago, su hermano, recibieron las primeras impresiones espirituales. Más tarde, los hallamos entre los primeros discípulos de Jesús, habiendo formado parte, anteriormente, de los seguidores de Juan el Bautista. Clemente de Alejandría incluye a Juan entre los Apóstoles «más escogidos que los escogidos», es decir, entre los que formaban parte del círculo íntimo de Jesús.

La conversión de Juan difiere notablemente de la de un Pablo, o un Pedro. No se produjo, como en el caso de Pablo, ninguna borrasca espiritual que terminase con el divino rayo de la espectacular revelación de Cristo, en el camino de Damasco. Tampoco vemos a Juan anonadado a los pies de Cristo, en un ambiente de prodigio, como le ocurrió a Pedro, en ocasión de la pesca milagrosa. Juan llegó, sin duda, a la fe, como el capullo de una flor se abre lentamente bajo la caricia e influencia de los suaves rayos del sol. Sin duda, la predicación del Bautista, del cual era discípulo, prepararon el alma del joven Juan para recibir a aquel anhelado Mesías, por tanto tiempo esperado. Es fácil adivinar, pues, la emoción de Juan, cuando junto con Andrés, oyó al Bautista exclamar, señalando a Jesús: «*He aquí el Cordero de Dios*» (Juan 1: 36). No se sabe con certeza, si Juan y Andrés habían oído, el día anterior este mismo testimonio del Bautista, y el que había añadido: «*Este es aquel de quien yo dije: Detrás de mí viene uno, que es antes de mí, porque era primero que yo... Y yo vi, y doy testimonio de que éste es el Hijo de Dios*» (Juan 1: 30-34). Lo cierto es, que en aquel primer encuentro de Juan con Jesús, su alma que ya había intuido las glorias del Mesías, quedó prendada para siempre de Aquél, que desde entonces había de ser para él, «*el verdadero Dios y la vida eterna*» (I Juan 5: 20).

No debe creerse, sin embargo, que Juan escapó a los requisitos de una genuina conversión, al contrario, junto con esta diáfana visión del Cristo, Juan pudo darse cuenta, mejor que antes, que si tenía que vivir con Jesús, su alma debía estar limpia de pecado; en otras palabras, como él mismo escribe: «*Dios es luz, y en El no hay tiniebla alguna. Si dijéramos que vivimos en comunión con El y andamos en tinieblas mentiríamos y no obraríamos según verdad. Pero si andamos en la luz, como El está en la luz, entonces estamos en comunión unos con otros y la sangre de Jesús, su Hijo, nos purifica de todo pecado*» (I Juan 1: 5-8). Sí, la misma intuición espiritual que el Santo Espíritu le concedió para discernir en aquel joven Maestro de Galilea, al Unigénito Hijo de Dios, fue la que le reveló su propio pecado, y la necesidad del arrepentimiento para alcanzar, por gracia, el perdón. Pero, dejemos que San Agustín en uno de sus sermones, nos diga de su forma tan peculiar, lo que Juan el Apóstol expresa a este respecto: «Oigamos. La respuesta que nos den los Apóstoles prevendrá a los pecadores para que no desesperen ni dejen de rogar al Señor. Hablad, Apóstoles. Oíd, que dice uno de ellos... ¿Quién? El que era más amado de Jesús, el que se recostó sobre su pecho y bebió allí el secreto del reino de los cielos que luego había de predicar por toda la tierra. A él es a quien pregunto: ¿Tienes pecado o no? Oigo que me responde y me dice: *Si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañaríamos a nosotros mismos, y la verdad no estaría en nosotros.* El que contesta así, es aquel Juan que empieza su Evangelio diciendo: *Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios* (Juan 1: 1). Ved que amplios espacios ha franqueado para llegar hasta el Verbo. Este Apóstol que tan alto subió, que voló como águila sobre las nubes y que contemplaba con serenidad al que era en el principio, este Apóstol es el que nos dice: *Si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañaríamos a nosotros mismos, y la verdad no estaría en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es El para perdonarnos y limpiarnos de toda iniquidad*» (I Juan 1: 8-9).

Pero, donde radica la gran diferencia entre la conversión de Juan y la de los otros Apóstoles, es en su idea de la salvación. Tanto en Pablo, como en Pedro, observamos que la salvación en sí, era el objeto de su búsqueda. Pablo la

presenta en términos de justicia a la cual debe satisfacerse; Pedro, en términos de leyes a cumplir, que según su propias palabras, se habían convertido en «*un yugo que ni ellos ni sus padres habían podido sobrellevar*» (Hechos 15 : 10). Para Juan, la salvación no es algo, sino alguien; es decir, la íntima relación con una persona: Jesucristo. No es sorprendente, pues, que en la persona del Salvador, Juan descubriera, «*el camino, la verdad, y la vida*» (Juan 14 : 6). Pero, estos términos, a pesar de que a Juan se le llame el Teólogo, tienen más de realidad práctica, que de especulación teológica. Así vemos, que cuando habla acerca de la verdad que vino a revelar el Verbo, la encarna en una persona diciendo: «*La verdad vino por Jesucristo*» (Juan 1 : 17); lo propio hace con la vida, mas, para conocer mejor sus propias ideas, preferimos transcribir lo que Juan escribe a este respecto: «*Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos tocando, al Verbo de Vida — porque la vida se ha manifestado y nosotros hemos visto y testificamos y os anunciamos la vida eterna, que estaba en el Padre y se nos manifestó —; lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos a vosotros, a fin de que viváis también en comunión con nosotros. Y esta comunión nuestra es con el Padre y con su Hijo Jesucristo*» (I Juan 1 : 1-3).

De nuevo, sin embargo, debemos salir al paso de los que nos presentan a un Juan amante, bonachón y débil, es decir, un Apóstol desprovisto de energía moral. Cuanto más fue penetrado del amor de Cristo, tanto más se levantó Juan, con vigor contra lo que arruinaba el alma, haciendo imposible la conversión genuina de los hombres. En su celo por la verdad, Juan llega a ser el Apóstol de las antítesis espirituales. Para él, si no se anda en la luz de Dios, se está completamente en tinieblas. Si uno no confiesa que es pecador, hace automáticamente a Dios mentiroso. Si no se sirve a Dios, es uno forzosamente esclavo del Diablo. Si no se confiesa a Jesucristo, se es mentiroso y anticristo. En la cuestión de la salvación, Juan es, si cabe, más terminante aún; así en su Evangelio está escrito: «*Quien cree en el Hijo de Dios, no es juzgado, quien no cree, ya está juzgado, porque no creyó en el nombre del Unigénito Hijo de Dios*», y se añade más adelante, «*quien cree en el Hijo tiene la vida eterna; el que rehusa creer en el Hijo no verá la vida, sino que está sobre él la ira de Dios*» (Juan 3 : 18-36).

Terminaremos con unas palabras de Juan el Apóstol, para los que anhelan la salvación de sus almas y todavía no saben donde hallar esta vida eterna que Dios ha preparado para ellos. Así escribe el Apóstol: «*Este es el testimonio: Que Dios nos ha dado la vida eterna, y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida. Estas cosas os escribo a los que creéis en el nombre del Hijo de Dios para que sepáis que tenéis la vida eterna*» (I Juan 5 : 11-13).

IV

NICODEMO

«*¿Tú eres el maestro de Israel, y esto no sabes?*» (Juan 3 : 10).

En tiempos de Jesucristo existían en Israel algunas sectas judaicas, la más importante de las cuales era la de los fariseos. En los Evangelios se nos menciona muchas veces a estos celosos judíos, aunque no siempre de forma favorable. En efecto, parece que la mayoría de fariseos eran gente fanática en los dos aspectos que pueden hacer más aborrecible el fanatismo: en el religioso, y en el político. Debemos señalar, que aunque se considere al Farisaísmo como una secta judaica, era en realidad un partido político-religioso extremadamente conservador. Los fariseos, ardientes patriotas en general, eran opuestos al menor intento de helenizar el país y las costumbres, rechazando por completo la influencia griega. Por la historia profana, y por los relatos evangélicos, puede comprobarse que la mayoría del pueblo judío respaldaba este movimiento. Los fariseos eran, al propio tiempo, los líderes del separatismo en Israel; su propio nombre de fariseos — en hebreo *perishut* —, significa, según los eruditos, «separado». Los grandes contrincantes de los fariseos, eran los saduceos, otra secta político-religiosa en Israel.

Aunque generalmente los fariseos eran gente fanática e hipócrita en la práctica de la religión, no debemos creer que entre los miembros de aquella secta judaica, no se hallasen judíos sinceros y piadosos. Acerca de ellos, se cuenta que un pagano acercándose a Shammai, le dijo: «Hazme un prosé-

lito del Judaísmo, pero con la condición que debes enseñarme enteramente la Ley en el transcurso del tiempo que pueda sostenerme sobre una sola de mis piernas»; Shammai llevó al pagano ante Hillel, el gran rabino judío, quien sin inmutarse le dijo: «No hagas a tu prójimo, lo que no quieras que te haga a tí. He ahí toda la Ley; todo lo demás es solamente un comentario. Ve y aprende eso». Se recordará también que un ilustre fariseo, Saulo de Tarso, que más tarde llegó a ser Apóstol de Jesucristo, pudo decir en una ocasión: «*Yo con toda rectitud de conciencia me he conducido delante de Dios hasta hoy*» (Hechos 23 : 1). Nicodemo, principal y magistrado de los judíos, miembro del Sanedrín, fue otra de esas raras excepciones. No se sabe mucho de él, aunque el evangelista Juan lo nombra en tres ocasiones en su Evangelio. En la entrevista que tuvo con Jesús, Nicodemo revela un carácter tímido y cauteloso; seguramente lo era por temperamento, aunque influyera también en ello, la educación. Respecto a la educación y enseñanza farisaica, mucho podría decirse, pero limitándonos a lo más importante, diremos que habían logrado una monstruosidad que Cristo mismo denunció, la de «*anular por su tradición la palabra de Dios*» (Mateo 15 : 6). Algunas declaraciones farisaicas muestran, en efecto, cuan ciertas eran las palabras del Divino Maestro. Hemos escogido dos frases entre muchas: «Los dichos de los ancianos tienen más peso que los de los profetas», y «una ofensa contra los dichos de los escribas, es peor que una contra los de la Escritura».

Pero volviendo a Nicodemo, veamos las condiciones en que se desarrolló su entrevista con Jesucristo, y al propio tiempo, la disposición de este maestro que buscaba la verdad. Mucho se ha hablado acerca de la cobardía de Nicodemo, al decidirse a venir a Jesús de noche. Creemos, sin embargo, que para poder enjuiciar este hecho, ha de tenerse en cuenta lo que representaba para Nicodemo una tal entrevista.

Este magistrado tuvo que romper con las rígidas tradiciones farisaicas, y sin tener en cuenta los prejuicios de su clase social, se decidió, él, un viejo príncipe de Israel, a ir a ver a un joven artesano llegado de los montes de Galilea, quien había empezado a enseñar en Jerusalén, sin tener estudios teológicos, ni mucho menos haber sido aprobado por los grandes rectores de la Escuela jerosolimitana. Entre los dos maestros, uno terrenal y otro del cielo, se inició un diálogo que tendría eternas consecuencias de bendición para Nicodemo. No se observa nada en este último, que descubra al fariseo hipócrita. El viejo maestro no desprecia al joven, al contrario, le da el tratamiento de «Rabbi», a sabiendas de que este título sólo podía concederse a los que habían cursado estudios rabínicos. La entrevista, según la relata Juan, se desarrolla en un ambiente sencillo y cordial; en ella no se emplea verborrea teológica por parte del viejo maestro fariseo, ni tampoco misteriosas cábalas por parte del Maestro del cielo; ni siquiera se advierten largos preámbulos. Parece que el uno y el otro desechan los clásicos métodos rabínicos, para abordar el asunto principal que Nicodemo siente y Jesús presiente.

Nicodemo empieza la conversación declarando con franqueza lo que él y algunos de sus correligionarios pensaban acerca de Jesús. Para ellos, no había duda, Jesús era un verdadero Maestro enviado por Dios, de otra manera, no haría los prodigios que hace. Sí, las palabras «*nadie puede hacer las señales que tú haces si Dios no está con él*» (Juan 3 : 2), muestran que Nicodemo no participaba de aquel encono farisaico que rehusaba ver en los milagros de Jesús, una prueba de la misión divina del joven Maestro de Galilea. Se recordará, en efecto, que uno de los mayores empeños de los fariseos era lograr que Jesucristo efectuara un milagro espectacular, diciéndole: «*Maestro, quisiéramos ver una señal tuya*» (Mateo 12 : 38). En donde muchos escribas y

fariseos no vieron nada, Nicodemo, supo descubrir la evidencia de la intervención divina, sin embargo, no podía discernir claramente de lo que se trataba, y en su perplejidad, recurre directamente a Jesús. La actitud de Nicodemo es muy aleccionadora en lo referente a la eficacia de los milagros. Se puede creer en los milagros, e incluso reconocer que éstos son la manifestación de una potencia sobrenatural o divina, y con todo, este reconocimiento no produce la fé regeneradora, la genuina fé que salva. En el caso de Nicodemo, los prodigios y señales que Jesús había obrado le llevaron a la conclusión de que se hallaba ante una persona con una misión celestial, pero no necesariamente ante una persona divina. De ahí, que Jesucristo, sin rodeos, contesta a Nicodemo yendo directamente al corazón de la cuestión: «*En verdad, en verdad te digo, si uno no fuere engendrado de nuevo, no puede ver el reino de Dios*» (Juan 3: 3).

No fue pequeña la sorpresa de Nicodemo ante esta inesperada respuesta. Para él, que buscaba más luz espiritual, esta declaración del Divino Maestro, fue un resplandor más fulgurante que la luz del sol, como el que deslumbró a Saulo de Tarso en el camino de Damasco. Porque, en realidad, allí se enfrentaban dos conceptos diametralmente opuestos, por no decir antagónicos, del reino de Dios y la manera de entrar en él. El reino de Dios, según Nicodemo, era el reino mesiánico admitido secularmente por el pueblo judío; un reino de justicia y paz del que hablaban los profetas, el cual debía inaugurarse con el advenimiento del Mesías-Rey, quien ejercería su soberanía mundial en Jerusalén, después de haber vencido a los enemigos y opresores de Israel. La manera de entrar en este reino de visibles características materiales, se efectuaba por medios necesariamente carnales, en otras palabras, bastaba con pertenecer por nacimiento a la raza judía, y gozar así del pacto y de las promesas de Dios a Israel. En

contraste con este concepto materialista del reino de Dios, Nicodemo se halla ante un reino de características esencialmente espirituales; aquel joven Maestro galileo no sólo le desconcierta con su originalidad, sino que además le obliga a revisar sus ideas sobre la pertenencia al reino, hablándole de unos requisitos incomprensibles, no sólo para entrar en él, sino para verlo.

Aunque la respuesta de Nicodemo pueda considerarse un poco pueril, lo cierto es, que en ella hay más de incomprensión y de ignorancia, que de puerilidad. En efecto, para un hombre ya anciano como, sin duda era Nicodemo, aquel nuevo nacimiento le parecía un absurdo, enfocándolo desde el punto de vista puramente material; creemos que Cristo con su aclaración, «*lo que nace de la carne, carne es; y lo que nace del Espíritu, espíritu es*» (Juan 3:6) dirigió el pensamiento del maestro fariseo hacia las realidades espirituales que están a la base del reino de Dios.

No hay duda que los primeros pasos de la conversión de Nicodemo, se efectuaron en aquellos momentos. Debemos señalar, que después de la reiteración por el Divino Maestro de que «*es necesario que nazcáis de nuevo*» (Juan 3:7), el magistrado judío, ya no discute la necesidad del nuevo nacimiento, sino que simplemente pide aclaraciones sobre como podrá producirse tan misterioso nacimiento del cual Cristo había dicho que era «*como el viento que sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni adónde va*» (Juan 3:8). Nicodemo, como otro sincero fariseo que se llamó Saulo de Tarso, no albergaba duda, en lo íntimo de su ser, sobre la imprescindible necesidad de una regeneración total, si algún día tenía que gozar de la bienaventuranza eterna en la presencia de Dios. Como el Apóstol Pablo antes de su conversión, Nicodemo, aunque profundamente religioso podía también decir por experiencia: «*Porque lo que hago no me*

lo explico; pues no pongo por obra lo que quiero, sino lo que aborrezco eso hago... pero entonces ya no soy yo quien obra esto, sino el pecado que mora en mí. Pues yo sé que no hay en mí, esto es en mi carne, cosa buena. Porque el querer el bien está en mí, pero el hacerlo no. En efecto, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero» (Romanos 7: 15-19).

Jesucristo, el Divino Maestro, va a responder a la pregunta más importante que cualquier hombre pueda hacerse: ¿cómo se puede nacer de nuevo? Cierto es, que en las palabras de Jesús hay un ligero reproche para Nicodemo. Un maestro en Israel, o como el texto dice, «*el maestro de Israel*», refiriéndose, quizá, al título de «châkâm», o sabio, de que gozaba en el Sanedrín, debía saber la verdad más elemental de la divina ciencia. Pero, el Maestro celestial, «*el que habla de lo que sabe, y da testimonio de lo que ha visto*» (Juan 3: 11), no se detiene en censuras, sino más bien dirige a su interlocutor a las Santas Escrituras, y apoyándose en ellas le muestra de la manera más sencilla, el medio escogido por Dios para la regeneración del hombre. Muchos son los ejemplos que contienen las Escrituras; para un buen conocedor de ellas como era Nicodemo, fácil le hubiera sido al Divino Maestro recordarle simplemente el célebre «*Miserere mei...*», salmo penitencial de David, donde el piadoso rey-profeta, dándose cuenta de su incapacidad para regenerar su naturaleza pecaminosa, exclama: «*Crea en mí, ¡oh Dios!, un corazón puro, renueva dentro de mí un espíritu recto*» (Salmo 51: 12); sin embargo, Jesús escoge un conocido incidente histórico que ocurrió en ocasión del peregrinaje de Israel por el desierto, camino de la tierra prometida. A causa de las frecuentes murmuraciones del pueblo, Dios envió contra los israelitas, una plaga de serpientes venenosas que causaron la muerte de muchos. Cuando arrepentidos, confesaron su pecado

pidiendo el perdón, Dios no retiró la plaga de serpientes, pero proveyó un original remedio, diciendo a Moisés: «*Hazte una serpiente de bronce y ponla sobre un asta; y cuantos mordidos la miren, sanarán*» (Números 21: 8). Así, en efecto, ocurrió, y este triste suceso de la historia de Israel, al parecer sin gran trascendencia, es el que Jesucristo toma como ilustración para mostrar a Nicodemo como se puede nacer de nuevo. Dios, ante los estragos producidos por los efectos del pecado en la humanidad, no quitó la causa de la muerte, es decir, el pecado, sino más bien proveyó un eficaz remedio, que Jesús expresa en estas palabras: «*Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que sea levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea en El tenga la vida eterna*» (Juan 3: 15). He ahí la gran realidad de la conversión. El que siente la mordedura mortal del pecado, tiene la posibilidad de alcanzar el perdón, si arrepentido dirige su mirada hacia la cruz donde Jesucristo fue crucificado. Allí por la fe, verá que «*Cristo fue hecho por nosotros maldición, porque escrito está: «Maldito todo el que es colgado del madero*» (Gálatas 3: 13), y que, «*a quien no conoció el pecado, Dios le hizo pecado por nosotros, a fin de que viniésemos a ser justicia de Dios en El*» (II Corintios 5: 21).

Sí, la mirada de fe al Calvario, la visión del Cristo crucificado «*llevando nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero*» (I Pedro 2: 24), como dice el Apóstol Pedro, es lo que permite al Espíritu Santo efectuar en el alma humana su obra de regeneración, esa misteriosa obra que Jesús designó como «*el nacimiento del Espíritu*» (Juan 3: 8), un nacimiento a una vida nueva, una vida eterna, «*porque tanto amó Dios al mundo, que le dió su Unigénito Hijo a fin de que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna*» (Juan 3: 16).

V

EL LADRON EN LA CRUZ

«*El Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido*» (Lucas 19: 10).

No podría hallarse, para hablar de conversión, lugar más propio, y al mismo tiempo más dramático, que aquella colina de las afueras de Jerusalén, llamada Calvario. Allí, en el momento más trágico que la humanidad haya podido vivir, un ladrón, a quien algunos han dado el nombre de Dimas, se convirtió, por la gracia de Dios, poco antes de pasar a la eternidad. A pesar de que no pocos genios de la pintura han querido recoger aquella escena, nadie ha logrado trazar más simple y elocuentemente lo que ocurrió en el Gólgota que los autores de los Santos Evangelios.

Poco es lo que se sabe acerca del malhechor que se convirtió. Lo más probable es que fuera judío. Muchos creen que había sido compañero de fechorías de Barrabás, a quien presentan como jefe del grupo de forajidos. Otros, queriendo hallar alguna razón a la conversión repentina del ladrón que fue ejecutado al mismo tiempo que Jesús, han inventado una piadosa leyenda que hace de él una especie de bandido-caballero, algo así como un Luis Candelas judío.

Pero, lleguémonos a aquel lugar de la Calavera, para tratar con la ayuda de los Evangelios, de reconstruir la escena

y circunstancias que condujeron al ladrón a una genuina conversión que le abrió de par en par las puertas del paraíso. Sobre aquella colina se habían levantado tres cruces. En la del centro se hallaba crucificado Jesucristo, el Hijo de Dios, el Mesías desechado por su pueblo y entregado a las autoridades paganas para ser ajusticiado. Todo le es contrario, aun sus propios discípulos le habían abandonado. En ese momento, el más crítico y doloroso de su vida, Jesucristo debe soportar hasta los insultos de los dos malhechores que se encuentran crucificados junto a él; en efecto, los evangelistas nos relatan como estos dos ladrones unieron sus voces al coro de imprecaciones, burlas y ultrajes que proviniendo del pie de la cruz, eran como el desbordamiento de una envidia y odio, por mucho tiempo contenidos. Jesús, empero, no contesta; calla, y ora, pero su plegaria es de perdón para sus enemigos, dice: «*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*» (Lucas 23: 34).

Jesucristo, en medio del sufrimiento y la agonía, no olvida, sin embargo, su misión, aquella misión que el ángel había anunciado antes de su nacimiento diciendo a María, «*le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados*» (Mateo 1: 21), y así, como dice San Agustín en uno de sus sermones, «la cruz fue su escuela; allí enseñó el Maestro a un ladrón; el madero de ajusticiado tornóse cátedra del Maestro». En efecto, algo incomprensible ocurrió. Uno de los dos ladrones, de forma inexplicable, es alcanzado por la gracia de Dios, y cuando su compañero zahiere a Jesús, toma la defensa del Divino Maestro, reprochando al malhechor su impía actitud, con estas palabras: «*¿Ni tú que estás sufriendo el mismo suplicio, temes a Dios?*» (Lucas 23: 40). Cierto es, que como más arriba hemos mencionado, algunos hallan fácil solución a este espectacular cambio de actitud del ladrón, diciendo que era un «buen»

ladrón, o si se quiere un modelo de ajusticiado, cosa muy improbable, ya que en la historia no se conoce ningún caso de un ladrón «bueno», si no es para robar. San Juan Crisóstomo en una de sus homilias sobre el Evangelio de San Mateo, trata de este asunto, y en su opinión, aquel malhechor fue un ladrón hasta su conversión. Veamos lo que dice el Crisóstomo: «Los ladrones, puesto que ambos ladrones le ultrajaban e insultaban al principio (Mateo 27: 44), aunque después ya no. Porque para que no creyeras que sucedió el hecho por algún pacto y que el ladrón no era ladrón, por los ultrajes te hace ver que aun estando ya arriba, en la cruz, era todavía ladrón y enemigo, y se convirtió de repente».

Con todo, convenimos en que algo pudo haber contribuido a este extraordinario cambio de disposición del ladrón que llegó a la conversión. Nada hay que se oponga a que creamos que este malhechor haya podido oír algunas predicaciones de Jesucristo, o que hayan llegado a su noticia algunos ecos de la doctrina del Divino Maestro, y de su compasiva actitud hacia «los publicanos y pecadores». Quién sabe, si había llegado a sus oídos, alguna conocida frase de Cristo, tal como, «*no he venido yo a llamar a los justos, sino a los pecadores*» (Mateo 9: 13). Podía también haber influido en su estado de ánimo, la actitud y palabras de Jesucristo en la Vía Dolorosa, trayecto que, sin duda, hicieron juntos los tres ajusticiados. No podemos dejar de tener en cuenta tampoco, ese momento siempre temible, cuando el hombre se enfrenta con la muerte, experiencia que el ladrón estaba viviendo en aquellos momentos. En fin, no debe olvidarse la impresión que haría en el malhechor, la digna actitud de Cristo ante tanta hostilidad y el efecto de aquella plegaria de perdón en favor de sus propios enemigos y verdugos; todo ello, así como el título donde estaba su causa escrita, «*Este es el Rey de los judíos*» (Lucas 9: 38), podían haber sido

el eficaz medio por el cual el Santo Espíritu iluminó aquel alma hasta entonces en tinieblas, mostrándole que aquel quien en un principio creyó ser un vulgar malhechor como él, era verdaderamente el Rey de Israel, el Mesías prometido.

Sin esta intervención del Espíritu Santo es difícil comprender una conversión tan radical e instantánea; porque, en la conversión de este ladrón hay unos elementos tan extraordinarios que pasmaban a los mismos Padres de la Iglesia. San Agustín, en efecto, disertando en uno de sus sermones acerca de la conversión de este malhechor, dice lo siguiente: «¡Fe admirable! Ignoro qué se puede añadir a esta fe. Los mismos que vieron a Cristo resucitado de los muertos, titubearon, y creyó quien le veía junto a sí colgado del patíbulo. Este, digo, cuando aquellos vacilaron, cree. ¡Qué bello fruto ha recogido Cristo del árbol árido!». Sí, no hay duda que la fe mostrada por este ladrón fue sorprendente, sobre todo cuando, como hace San Agustín, se compara con la de los Apóstoles y con Judas uno de ellos, quien después de tres años de estar recibiendo la instrucción del Divino Maestro, de ver su inefable ejemplo y haber sido testigo de su poder sobrenatural, murió ladrón y traidor.

Comparable a esta gran fe del ladrón, es el sincero arrepentimiento del que también dio pruebas. Algunos han descartado como inexistente e inútil el arrepentimiento en la conversión de este malhechor. Creemos que es un error hacer énfasis exclusivamente en la fe, descuidando el arrepentimiento, que es imprescindible en toda conversión genuina; porque no hay duda de que, como dice Cristo: «*si no os arrepintiereis todos igualmente perecereis*» (Lucas 13: 3). San Agustín, tratando del arrepentimiento de este ajusticiado va al corazón del tema diciendo en uno de sus sermones: «*Tu differs te, ego agnosco te*», es decir, «Tú te alejas de tu anterior proceder; yo te reconozco por mío». Y, en efecto,

el verdadero arrepentimiento produjo en el alma de aquel ladrón, sujeto de pies y manos al vil madero, unos óptimos frutos que pueden observarse en sus palabras y actitud hacia los hombres y hacia Dios. En primer lugar, vemos la indignación que sintió ante la impía actitud de su compañero; es hacia Dios que trata de dirigir los pensamientos del otro malhechor, con el fin de que cese de pecar. Por su parte, muestra su sincero arrepentimiento confesando sus faltas, y en un acto de contricción dice: «*Nosotros, a la verdad, estamos — en este suplicio — justamente, pues recibimos el justo pago de nuestras obras*» (Lucas 23:41). A continuación expresa su alto concepto de aquél que estaba sufriendo junto a ellos; para el ladrón arrepentido no había duda de que Jesús era inocente, y así dice: «*Este nada malo ha hecho*» (Lucas 23:41). Este sincero arrepentimiento le llenó de fe y esperanza en la persona de Cristo, haciéndole discernir que bajo la capa de humillación y oprobio se escondía el Rey eterno y celestial; se dió cuenta que después de la cruz, le esperaba la corona. San Agustín, comparando la fe y esperanza de este ladrón con la falta de comprensión de los Apóstoles, escribe lo siguiente en uno de sus sermones: «Al decir: «*Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino*» (Lucas 23:42), creía el ladrón, no sólo en la resurrección de Cristo, sino también en su reino futuro. A un hombre ajusticiado, crucificado, sangrante e inmóvil, le dice: «*Cuando llegues a tu reino*». Y los discípulos dicen: «*Nosotros esperábamos que sería El quien rescataría a Israel*» (Lucas 24:21). Donde el discípulo perdió la esperanza, encontróla un ladrón».

El ladrón, consciente de su estado y de su incapacidad para hacer nada bueno, buscó en Jesucristo un mediador, un abogado para su causa perdida. En la conversión de este malhechor hallamos tipificada la conversión de cada uno de los humanos; en efecto, él es el tipo del hombre que incapaz

de valerse por sí mismo, condenado, y en los umbrales de la muerte, no le queda otro recurso que poner su fe en el Redentor, y su esperanza en la gracia de Dios; en resumen, se trata de la maravillosa experiencia de la conversión cristiana, tal como San Pablo la expresa escribiendo: «*Aun cuando estábamos nosotros muertos por nuestros pecados nos vivificó con la vida de Cristo — que por la gracia habéis sido salvados —, y con él nos resucitó y juntamente nos sentó en los cielos en Cristo Jesús, a fin de mostrar en los siglos venideros la excelsa riqueza de su gracia, por su bondad hacia nosotros en Cristo Jesús. Pues por la gracia habéis sido salvados mediante la fe, y esto no de vosotros, que de Dios es el don; no en virtud de obras para que nadie se glorie*» (Efesios 2: 5-9).

Pero, lo que maravillaba a los Padres de la Iglesia, y nos llena a nosotros mismos de estupor, es la claridad y generosidad de la respuesta de Cristo al ladrón arrepentido. Hemos visto que el malhechor sólo se atrevió a pedir a Jesucristo que cuando llegara a su reino no le olvidase; ni le exigió lo que quería, ni siquiera le fijó plazo, comprendiendo que lo mejor era confiarse en la magnanimidad de tan excelso Rey. No quedó defraudado el malhechor, pues Jesús, «*conforme a las riquezas de su gracia*», le contestó sin ambages: «*En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso*» (Lucas 23: 43). Veamos lo que San Agustín dice acerca de esta certeza de la salvación: «¿Cuándo este ladrón, que pasó del crimen a la presencia del juez y del juez a la cruz, iba a esperar subir de la cruz al paraíso? Viendo lo que merecía, no dijo: «Acuérdate de mí para librarme hoy mismo», sino: «Cuando hayas llegado a tu reino entonces acuérdate de mí». Ya que merezco tormentos, no se prolonguen más allá de arribar Tú a tu reino. Cristo le dice: «No tal; has invadido el reino de los cielos, le has hecho

violencia, has creído, le has arrebatado. Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso». No te hago esperar; hoy mismo doy a tu grande fe lo que le debo».

Quisiéramos terminar con unas palabras acerca del ladrón impenitente. Jesús, al propio tiempo que redimía al malhechor arrepentido, se convertía implícitamente en el juez del otro ladrón; no contestando a sus injurias dejaba que se cumplieran al pie de la letra las palabras que había pronunciado durante su ministerio: «*Por tus palabras serás condenado*» (Mateo 12: 37) ¡Solemne advertencia para todos!

VI

LA MUJER CANANEA

«*Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá*» (Mateo 7 : 7).

Tal era el encono de los dirigentes religiosos de Jerusalén contra Jesús que no dudaban en enviar emisarios a Galilea, con el fin de vigilar las actividades del joven Maestro galileo. Como resultado de una áspera discusión sobre las tradiciones judaicas, que Jesús tuvo que sostener con los escribas y fariseos enviados de la capital, el Maestro se resuelve a retirarse con sus discípulos a la región de Tiro y Sidón, situada en la parte norte de Galilea, que no estaba bajo la jurisdicción de Herodes Antipas, y en donde habitaban pocos judíos. Además de huir de la creciente enemistad que manifestaban sus adversarios, parece que el Maestro quería proporcionar un merecido descanso a sus discípulos, quienes a menudo eran el blanco de los ataques de los dirigentes religiosos. El evangelista Marcos nos proporciona preciosos detalles del propósito del Señor al tomar esta decisión, escribiendo: «*entrando en una casa, no quería que nadie lo supiese, pero no le fue posible pasar inadvertido*» (Marcos 7 : 24). Por los relatos evangélicos sabemos que multitudes de las regiones de aquella tierra de Fenicia habían sido testigos de los milagros del Señor en Galilea, y así mismo habían podido oír las predicaciones del Divino Maestro.

Pero, como en otras ocasiones, no siempre que Jesucristo buscaba reposo lo hallaba, y así, a pesar de sus precauciones, pronto cundió la noticia de su presencia en aquella región. No tardó en acercarse una mujer, que sin duda, había oído hablar del poder de Cristo, o quizá, había presenciado en Galilea alguna de aquellas preciosas escenas de sanidad del Divino Maestro. El Evangelio llama a esta mujer, cananea y sirofenisa. La primera palabra se refiere a la tribu que ocupaba las tierras bajas de Palestina, y que dio más tarde el nombre de Canaán a todo el país. San Marcos precisa en su Evangelio que era gentil y sirofenisa, refiriéndose, sin duda, a que era una pagana, natural de Fenicia y habitando aquella región que formaba parte de Siria, distinguiéndola así de la Libiofenicia, en Africa del Norte. Algunos, ante las alusiones mesiánicas contenidas en las palabras de la mujer, han deducido que se trataba, sin duda, de una israelita habitando aquellas regiones, sin embargo, no se puede admitir que así fuese, pues San Marcos especifica que era «gentil», es decir pagana. San Agustín es de este mismo parecer y en uno de sus sermones expone sus razones a este respecto escribiendo lo siguiente: «No era israelita, según se desprende del mismo Evangelio; no era de aquel pueblo al cual pertenecían los Patriarcas, los Profetas y los Padres de nuestro Señor, según la carne, y de donde procedía la misma Virgen María. No pertenecía esta mujer a este pueblo, sino a los gentiles».

Existe un marcado contraste entre el caso de esta mujer cananea y el del ladrón en la cruz. Cristo respondió rápidamente a la petición de este último, colmando con creces su propio deseo. La mujer tuvo que perseverar rogando hasta lograr vencer la dilación de la respuesta del Maestro. Así, en el Evangelio hallamos diversos casos de conversión que son muy aleccionadores para que no caigamos en el desaliento. El caso de esta mujer no es único en las Sagradas Escrituras;

ya en los tiempos de los patriarcas, vemos a Jacob luchando toda la noche con Dios en oración, hasta lograr su bendición, la cual logró después de haber sufrido intensa angustia (Génesis 32: 28).

Nada tiene de particular que la mujer cananea se dirija a Jesús como, «*Hijo de David*» (Mateo 15: 22), lo que equivale a un reconocimiento implícito del carácter mesiánico de Cristo. Debe tenerse en cuenta que los tres años de ministerio del Divino Maestro habían hecho trascender su fama de taumaturgo a los países circundantes. La misma insistencia de la mujer en sus ruegos, evidencia una certeza de que aquel que tantos prodigios había efectuado, podía fácilmente librar a su hija del poder del demonio. Parece, por el relato evangélico, que ante la impasibilidad de Cristo a los gritos y voces de aquella mujer, los primeros que se convencieron de la necesidad de hacer algo por ella, fueron los discípulos. En efecto, acercándose a su Maestro le rogaron diciendo: «*Despáchala, que viene gritando detrás de nosotros*» (Mateo 15: 23). No parece sino que estaban poniendo en práctica lo que el Señor enseñó en la parábola del juez injusto, cuando la viuda agraviada logró a fuerza de insistencia y molestia hacerle exclamar: «*Porque esa viuda me está cargando, le haré justicia, para que no acabe por molerme*» (Lucas 18: 5).

Sin embargo, sabemos que no fue así en este caso de la angustiada mujer. Es cierto, que hay cosas difíciles de comprender en este relato, pero el final del incidente nos muestra que Cristo en esta ocasión, como en todas, siempre es sensible al dolor humano y está dispuesto a remediarlo, sobre todo cuando alguien se acerca a él con humildad y fe, como lo lo hizo la mujer cananea. Por este y otros casos del Evangelio, observamos como el dolor o la enfermedad pueden ser la causa de un acercamiento a Cristo. El sufrimiento de esta

pobre mujer se muestra en los gritos de dolor y las voces de angustia con que se acercó a Cristo. Sería absurdo pensar, como algunos lo han hecho, que el propósito del silencio del Maestro era fortalecer, con el sufrimiento, la fe de aquella mujer. Más bien creemos con San Agustín, que Jesucristo, por medio de este incidente quiso ofrecer una magistral lección de humildad, perseverancia y fe a sus discípulos, así como a nosotros mismos. Veamos lo que escribe San Agustín a este respecto: «Clamaba, pues, esta mujer, y con gran avidez llamaba, impetrando con fuerza un gran beneficio. Callaba entre tanto el que oía sus voces, y disimulaba como si no la oyera, no porque pensara mostrarse sordo a sus ruegos, sino con el fin de que se encendiese más en deseos, y no sólo para esto, sino, como antes dije, para poder presentarnos un ejemplo raro de humildad», y añade este Padre de la Iglesia, «la mujer cananea que se nos acaba de recomendar en el Evangelio, nos da un grande ejemplo de humildad, y nos abre un ancho camino a la piedad. Ella nos enseña a subir a lo alto desde el lugar más bajo».

No debemos, sin embargo, soslayar las aparentes dificultades que se encuentran en la actitud de Cristo. Además del incomprensible silencio a la angustiosa petición de la mujer, hallamos la primera declaración que nos confunde; Cristo dice a sus discípulos: «*No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel*» (Mateo 15: 24). Parece como si quisiera significar que a pesar de su compasión por esta mujer y su endemoniada hija, su misión debía limitarse al pueblo de Israel, al cual fue enviado. San Agustín disertando sobre esta delicada cuestión nos facilita unas sugestivas aclaraciones diciendo: «¿Qué significa el que sabiendo el Señor que había venido para fundar una Iglesia en la que tuvieran cabida todos los pueblos nos diga ahora que solamente ha venido en busca de las ovejas que salieron de la

casa de Israel? Entendemos que debió mostrar en aquel pueblo la presencia de su cuerpo; su nacimiento, la manifestación de sus milagros y la virtud de su resurrección, porque así fue dispuesto y ordenado desde el principio; así había sido profetizado y así debía cumplirse. Porque Cristo debió venir a los judíos para ser visto y muerto y ganar a los que de antemano tenía determinado», y este Padre añade, «Jesús no fue a los gentiles, pero no por eso los pasó por alto, puesto que les envió los discípulos, empezando a cumplirse lo que estaba profetizado: «*El pueblo que no conocí me sirvió*». Ved qué alta y qué evidente, y qué expresiva profecía. El pueblo que no me conoció, es decir, el pueblo ante quien no me presenté, se ha convertido en servidor mío. ¿Cómo sucedió esto? Porque «*oyó hablar de Mí*», esto es, porque creyó a los que de Mí le hablaron. Por eso son más dignos de alabanza los gentiles. Los judíos vieron al Mesías y lo mataron; los gentiles oyeron hablar de El, y creyeron en su divinidad».

Con todo, la mujer no cejó en su petición. Su fe le hacía adivinar que tras aquella aparente indiferencia de Jesús, se hallaba el corazón compasivo del cual ella tanto había oído hablar. El Maestro, ante tal insistencia se dirige a la mujer con razones que pudieran, en fin, convencerla, diciéndole: «*No está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos*» (Mateo 15: 26). Hubiera bastado esta respuesta, al parecer dura, para hacer desistir a cualquier persona. No fue así con la mujer cananea, antes al contrario, vio abierta la puerta a un diálogo en el que, al fin, su fe iba a salir victoriosa. Algunos han llegado a escandalizarse de la aparente dureza de la declaración de Jesús; creemos que no hay razón para ello, puesto que el Evangelio siempre contiene un elemento tan dispar a nuestros sentimientos, y muchas

veces tan contrario a ellos, que San Pablo se atreve a decir que, «*es escándalo para los judíos, y locura para los gentiles, mas poder y sabiduría de Dios para los llamados, así judíos como griegos*» (I Corintios 1: 23-24). San Agustín con clara visión y desenvuelto lenguaje, nos ofrece en uno de sus sermones, la admirable reacción de esta mujer ante la respuesta del Maestro. Veamos lo que dice este Padre de la Iglesia: «La mujer siguió pidiendo, a pesar de la respuesta de Jesús, la cual tenía todas las apariencias de injuriosa; siguió pidiendo, y demostró su profunda humildad ante la dureza con la que se la trataba. Fue humilde, y perseveró en impetrar misericordia. No se inmutó, ni se irritó tampoco, al oír que se le daba el nombre de perro cuando se acercaba a pedir un favor. Y no solamente no se irrita, sino que con admirable sencillez contesta: «*Cierto, Señor*». Me has llamado perro, y ciertamente lo soy; no has hecho más que darme mi verdadero nombre, y como tal lo reconozco. Habla la Verdad, y creo; pero eso no es motivo para que se me niegue lo que pido. Continúa hablando el perro, y dice: «*Pero también los perrillos comen las migajas que caen de la mesa de sus señores*» (Mateo 15: 27). Es muy pequeño el beneficio que yo deseo; ya ves que no vengo a invadir la mesa, vengo solamente a buscar unas migajas».

Ante tal humildad y fe, no podía ocurrir sino lo que el Evangelio relata. La hija de la mujer sirofenisa fue librada del demonio en aquella misma hora, pues San Marcos nos dice que cuando la angustiada madre llegó a su casa, «*halló a la niña echada sobre la cama y salido el demonio*» (Marcos 7: 30). Este beneficio, sin embargo, no puede compararse con los efectos eternos de bendición que le reportó su actitud hacia el Redentor. Aquella mujer pagana, aceptando el carácter mesiánico del Hijo de Dios, llegó a convertirse

en una verdadera «hija de Abraham», y en un admirable ejemplo para todos los gentiles, que como ella, más tarde pondríamos nuestra fe en Cristo para salvación.

Quisiéramos terminar con unas palabras de San Agustín, deseando que el pasmo de este Padre de la Iglesia ante tamaña fe, nos incite a emular la humildad, perseverancia y fe de aquella mujer: «Admirad hermanos, dice San Agustín, admirad la humildad de esta mujer. El Señor la llama perro, y ella no niega que lo sea, antes bien confirma las palabras de Jesús, y exclama; soy verdaderamente un perro. Y tan pronto como ella se reconoce así, prorrumpe con júbilo el Señor y dice: «¡*Oh mujer, grande es tu fe*! *Hágase contigo como tú quieres*». (Mateo 15: 28). Te reconociste perro, y yo te reconozco hombre. ¡Oh mujer, grande es tu fe! Pediste, buscaste, llamaste; recibe, pues; encuentra, ábrasete la puerta».

VII

EL CIEGO DE NACIMIENTO

«Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (Juan 8: 12).

Muchos son los problemas que se pueden presentar en la vida de los humanos, entre ellos ocupa un lugar preeminente el del sufrimiento. A fuerza de humanos, los Apóstoles tuvieron un día que enfrentarse con tal problema, proporcionándoles la ocasión un ciego de nacimiento que hallaron en Jerusalén. No sabemos si, conforme a la costumbre, dicho ciego mendigaba en una de las puertas del templo o de la ciudad; el caso es, que el Evangelio nos dice que Jesús «vio» a este mendigo, lo cual indica que se fijó especialmente en él. Los discípulos toman ocasión para hacer al Maestro una pregunta, casi tan antigua como la misma humanidad: *«Maestro, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que naciera ciego?»* (Juan 9: 2). Hemos de reconocer que la cuestión no es fácil a contestar. En el caso de los discípulos de Cristo era más difícil todavía por las erróneas ideas que habían propalado los rabinos israelitas. Los judíos, creían, en efecto, que todo sufrimiento que se saliese de lo normal, era la consecuencia del pecado. Es la misma opinión que sustentaron los amigos del patriarca Job, cuando vinieron a consolarle en su desgracia. Según ellos, todo el sufrimiento de Job no

tenía otra causa que algún pecado oculto. Por el final de la historia del patriarca, sabemos que sus amigos estaban equivocados. En los Santos Evangelios, hallamos otros casos de sufrimiento y muerte violenta, que de nuevo, nos muestran el error de los que pensaban que aquellos judíos eran peores que los demás; Jesucristo mismo tuvo que decirles: «*¿Pensáis que esos galileos — cuya sangre había Pilato mezclado con sus sacrificios — eran más pecadores que los otros por haber padecido todo esto? Yo os digo que no; antes si no os arrepintiereis todos igualmente perecereis. O aquellos dieciocho sobre los que cayó la torre de Siloé y los mató, ¿creéis que eran más culpables que todos los otros habitantes de Jerusalén? No, os lo aseguro, antes si no os arrepintiereis, todos igualmente perecereis*» (Lucas 13: 2-5).

Cierto es, que el dolor o la enfermedad, en muchas ocasiones son el resultado de una ley inmutable que opera tanto en el reino físico, como en el espiritual. San Pablo en una de sus epístolas expresa escuetamente el principio que rige esta ley, escribiendo lo siguiente: «*No os engañéis; de Dios nadie se burla. Lo que el hombre sembrare, eso mismo cosechará. Porque el que siembra en su propia carne, de la carne cosechará corrupción, y el que siembra en el Espíritu, del Espíritu cosechará vida eterna*» (Gálatas 6: 7-8). Sin embargo, aparte, y por encima de esta ley general, Dios en su gracia puede obrar de tal forma, que las nefastas consecuencias de esta ley sean corregidas o anuladas; y esto es, precisamente, lo que Jesucristo hizo durante su ministerio terrenal. Por esta razón, vemos que la respuesta del Maestro a sus discípulos, en relación con la causa de la ceguera del mendigo, no contesta al «por qué», inquirido por ellos, sino al «para qué» buscado por él. Con su contestación Jesucristo no niega el pecado del ciego, ni el de sus padres, sino más bien aclara que de la misma manera que el mal hace su obra

en la tierra, es preciso «*que en él — el ciego — se manifiesten las obras de Dios*» (Juan 9: 3).

En los Santos Evangelios hallamos otro milagro, en ocasión del cual el Divino Maestro quiso confirmar la misma enseñanza. Se trata de la enfermedad de su amigo Lázaro. Sería absurdo creer que Dios envió una enfermedad a Lázaro a causa de sus pecados, castigando estos últimos con la muerte. Lázaro, como todos, era pecador, pero el motivo del dolor y angustia que se abatió sobre aquel hogar de Betania, no fue el pecado, sino una razón más elevada que Jesús mismo expresa diciendo: «*Esta enfermedad no es para muerte, sino para gloria de Dios, a fin de que por ella sea glorificado el Hijo de Dios*» (Juan 11: 4).

San Agustín en un sermón sobre la curación del ciego de nacimiento, confirma lo que acabamos de exponer: «Cristo es el Salvador, dice San Agustín, y por un acto de su bondad, da a este hombre lo que no le había dado en el seno de su madre. No se equivocaba El al dejarle sin ojos cuando lo formó en el seno materno. Lo único que se puede decir, aquí, es que aplazó la hora de concederle este sentido, para hacer con él un milagro. Acaso me preguntas como sé yo estas cosas. Pues se las he oído a El. Nos lo acaba de decir, y lo habéis oído vosotros lo mismo que yo. Le preguntaron sus discípulos si era aquel hombre quien había pecado, puesto que estaba ciego, o si habían sido sus padres. La respuesta de Jesús la habéis escuchado como yo. «*Ni pecó éste ni sus padres, sino que se habían de manifestar en él las obras de Dios*» (Juan 9: 3). He ahí por qué dilataba otorgarle el uso de los ojos. No hizo lo que había de hacer; no hizo lo que sabía que había de hacer cuando conviniera».

Es interesante observar la reacción de los fariseos; ante este caso extraordinario de curación, lo único que les preocupa es el hecho de que habiendo sido realizado en sábado,

se había transgredido la Ley. Lo mismo ocurrió en ocasión de la curación del paralítico del estanque de Bethesda, en Jerusalén, cuando sólo se preocuparon de saber quien le había mandado tomar la camilla en la que había yacido enfermo durante treinta y ocho años. Esta actitud farisaica es una pura aberración de las sagradas leyes que Dios había dado al pueblo de Israel. Para estos fariseos, en efecto, el «crimen» de haber hecho un poco de lodo con saliva y untar con él los ojos de un ciego, tenía mucha más importancia que la curación de un pobre mendigo que jamás había visto la luz del sol. Invirtiendo los más sagrados valores éticos, se empecinan en ver aviesas intenciones en el que simplemente quiso hacer bien a su prójimo. Le tratan de hombre pecador; niegan su relación con Dios, y más adelante no dudarán en afirmar que es un endemoniado. Sin embargo, aun entre los mismos judíos, se hallaban algunos que ante tanta dureza y obstinación, trataron de usar un mínimo de sentido común en defensa de Cristo. Pero, dejemos que San Juan Crisóstomo con su rica prosa nos presente esta escena: «Como las palabras que decía eran más que de hombre, y sobre todo lo acostumbrado, llamábanle endemoniado, dándole ya este nombre por cuarta vez. En efecto, antes decían: *Demonio tienes ¿quién te busca para darte muerte?* Y de nuevo: *¿No decíamos bien que tú eres samaritano y tienes demonio?* Y aquí: *Demonio tiene y está loco. ¿A qué le oís?* Y por mejor decir, oyó esto no cuatro, sino aun muchas veces. Porque el decir: *¿No decíamos bien que tienes demonio?*, es señal que dijeron esto no dos o tres, sino aun muchas veces. *Y otros decían: Estas palabras no son de endemoniado. ¿Puede acaso un demonio abrir los ojos de los ciegos?* Como no podían hacerles enmudecer por las palabras, valíanse de la prueba de las obras, porque, a la verdad, ni aun las palabras son de endemoniado; pero si por las palabras no os persuadís, a lo menos respetad

las obras y si no son de endemoniado y, por otra parte, son más que humanas, claro es que son efecto de algún poder divino».

En contraste con la actitud hostil de los religiosos judíos, es interesante observar la calma y dignidad que mostró el ciego en quien se había operado el milagro. A pesar de las presiones de los jefes religiosos para que asintiera al absurdo concepto que se habían forjado de su sanador, el ciego curado mantuvo su convicción, basada en la experiencia, de que el hombre que le había sanado era un enviado de Dios, «*un profeta*» (Juan 9: 17). Lo curioso en toda la historia, es ver los diversos intentos de los judíos para persuadir al hombre sanado, de que Jesús no podía haberle curado. El relato evangélico muestra la esterilidad de estos esfuerzos y pone de relieve la fe sencilla de este hombre iletrado, pero que no podía negar la verdad, resumiéndola en esta frase: «*Si es pecador* — se refiere a Jesucristo — *no lo sé; una cosa sé; que yo estaba ciego y ahora veo*» (Juan 9: 25). No deben buscarse términos teológicos en esta declaración, pero no se puede dudar que, en germen, contiene una profesión de fe, basada en la experiencia personal del poder de Cristo. Podrán, los grandes maestros, quererle convencer de la indignidad de su sanador; tratarán, si fuera posible, de hacerle ver lo blanco negro y lo negro blanco, con sus sofismas y falsas interpretaciones de la Ley; pero, lo que no podrán lograr es obligarle a negar una experiencia tangible, una verdad que, hablando con propiedad en su caso, era más clara que la luz del sol, la cual desde su nacimiento jamás había visto.

Sin embargo, la fe del ciego sanado estaba todavía en sus primeros pasos. La experiencia del poder sanador de Cristo, no fue más que el primer peldaño hacia una fe más luminosa, que estuviera en conformidad con Aquel que dijo de sí mismo: «*Mientras estoy en el mundo, luz soy del*

mundo» (Juan 9: 5). Puede, en efecto, observarse en las palabras del ciego curado, que aunque su fe era firme, su conocimiento de las cosas de Dios no estaba a la altura de su convicción. Vemos esto, en su intento de convencer a los judíos de que el que le había sanado, debía forzosamente ser un enviado de Dios, ya que Dios sólo oye a los justos y a los que hacen la voluntad divina. Aunque en un aspecto tenía razón, este principio no puede aplicarse a toda la humanidad, puesto que, si así fuese, Dios no hubiera podido contestar ninguna plegaria, exceptuando las de Jesucristo, quien como se sabe, jamás pecó. San Agustín, disertando en uno de sus sermones sobre este asunto, dice lo siguiente: «Os diré que errores cometió este ciego. En primer lugar, creía que Cristo era Profeta; ignoraba que fuese el Hijo de Dios. Luego, le hemos oído una respuesta totalmente falsa, pues dice: *Sabemos que Dios no escucha a los pecadores* (Juan 9: 31). Si Dios no escucha a los pecadores, ¿en qué podemos fundar nuestra esperanza? Si Dios no nos escucha, ¿para qué oramos y damos testimonio de nuestro pecado, hiriéndonos el pecho? ¿Dónde está aquel publicano que sube al templo en compañía del fariseo soberbio que va dando al viento la fama de su méritos, mientras que él se queda lejos, con los ojos fijos en tierra, tundiendo su pecho y confesando sus pecados? ¿Qué decir de este publicano que de esta manera se confiesa pecador y baja del templo más justificado que el fariseo? Indudablemente Dios escucha a los pecadores».

Cristo, que había empezado obrando un milagro de sanidad física en el hombre ciego, no cejaría hasta operar otro de salvación espiritual en él. La ocasión se presentó, cuando a causa de su testimonio en favor de Jesucristo los judíos echaron fuera al ciego curado. Algunos creen que las palabras del Evangelio, «*le echaron fuera*» (Juan 9: 34), significan la excomunión pura y simple. Sea lo que fuere,

nos dice el relato evangélico que cuando Cristo oyó que le habían echado fuera, le salió al encuentro para terminar la hermosa obra que había empezado en él. Pero dejemos que San Agustín nos cuente esta escena: «¿Cuándo lavó este ciego la cara de su corazón? Cuando expulsado por los judíos, fue recibido por el Señor. Oyó Jesús que le habían echado de la sinagoga; y cuando lo encontró le dijo: *¿Tú crees en el Hijo de Dios? ¿Quién es, Señor, para que crea en El?* Cierto es que veía con los ojos; pero, ¿veía también con el corazón? Todavía no. Esperad un poco, que ahora verá. Respondióle Jesús: *Soy yo, que hablo contigo.* ¿Dudó, por ventura, aquel hombre? No; inmediatamente se lavó la cara. El que hablaba con él era Siloé, que significa «enviado». ¿Quién, más que Cristo, fue el Enviado? Muchas veces lo atestiguó diciendo: *Hago la voluntad de mi Padre que me envió.* Luego, El era Siloé. Acercóse el ciego con el corazón, y oyó, y creyó, y adoró».

La historia de la conversión del ciego de nacimiento, termina con una seria advertencia de Cristo para todos, especialmente para los religiosos engreídos. Jesucristo conmovido por el acto de adoración de aquel sencillo hombre, y a la vez, por la actitud de desdén de los rectores religiosos de Israel, declara: «*Para juicio vine yo a este mundo: para que los que no ven vean; y los que ven, se vuelvan ciegos*» (Juan 9: 39). Para terminar quisiéramos dar de nuevo la palabra a San Agustín, para que enjuicie la reacción de los judíos a las palabras del Cristo. ¡Sirvan las declaraciones de este Padre de la Iglesia, para que la verdadera luz brille en nuestros corazones!

«¡Oh ceguedad!, dice San Agustín, que aprisionas a gran parte de Israel. Cayó Israel en esta ceguedad para que el Cristo fuese crucificado y viniesen a El todas las naciones de la gentilidad. ¿Qué significa: *Para que los que no ven,*

vean? Que para que entrasen los gentiles a participar de los beneficios de la fe, cayó en el abismo de la ceguera gran parte de Israel. Todo el orbe estaba ciego; pero vino el Salvador, y los que no veían, vieron, y los que veían, quedaron ciegos. Desconocido de los judíos y por ellos crucificado, hizo de su sangre colirio para los ojos. Obstinados en su ceguera los que se jactaban de ver, mataron la Luz. ¡Cuánta ceguedad! Mataron la Luz; pero la Luz, crucificada, iluminó a los ciegos».

VIII

ZAQUEO EL PUBLICANO

«*En verdad os digo que los publicanos y las rameras se os adelantan en el reino de los cielos*» (Mateo 21: 31).

Con la conversión de Zaqueo, se nos presentan dos dificultades, una es el empleo de las riquezas, la otra, la posibilidad de que un pecador despreciado por todos llegue a convertirse. La primera dificultad no es fácil resolverla. Poco antes de su entrevista con Zaqueo, Jesús había hallado en su camino a un joven rico, quien ante las exigencias de Cristo para un verdadero discipulado, abandonó al Divino Maestro, lleno de tristeza. La razón de esta actitud, nos la proporciona el Santo Evangelio con estas palabras: «*se entristeció porque era muy rico*» (Lucas 18: 23). Jesucristo, a pesar de su amor por aquel joven de excelente conducta moral, no pudo sino exclamar: «¡*Qué difícilmente entran en el reino de Dios los que tienen riquezas*!», y cuando los discípulos se asustaron de sus palabras les volvió a decir: «¡*Cuán difícil es que los que tienen puesta su confianza en las riquezas entren en el reino de Dios*! *Más fácil es pasar un camello por el hondón de una aguja que entrar un rico en el reino de Dios*» (Marcos 10: 24).

Vemos, pues, que el verdadero problema no es el poseer riquezas, sino el del lugar que éstas ocupan en la vida presente

y el que pretendemos darles para una vida futura. Por los relatos apostólicos, sabemos la poca importancia que se daba a las riquezas materiales entre los primeros cristianos. No eran pocos los que se desprendían de ellas totalmente, en favor de los cristianos necesitados. Según algunos Padres de la Iglesia, las verdaderas riquezas no eran las de este mundo, sino otras espirituales que traían consigo la bienaventuranza, la paz y la seguridad espiritual anheladas. Por su claridad de expresión, transcribimos el pasaje de un sermón de San Agustín que trata de este delicado asunto: «Las riquezas verdaderas, dice son otras; son las en que abundaba Job desnudo cuando tenía el corazón puesto en Dios y le ofrecía las piedras preciosas de sus alabanzas. ¿De qué tesoro le ofrecía esas piedras preciosas si estaba desnudo? Esas son las verdaderas riquezas. Las de este mundo sólo reciben ese nombre de la iniquidad. Si las tienes no te reprocho. Al fin, eres heredero de lo que tenía tu padre que era rico. Las has adquirido honestamente, y tienes la casa llena del producto de un trabajo honrado. No te reprocho por esas riquezas. Pero aunque sea cierto el justo origen de las mismas, no les des nunca el nombre de riquezas, porque si las llamas así, las amarás, y si las amas, perecerás con ellas. Piérdelas más bien, para que no perezcas tú; regálalas para que adquieras otras; siembra para que puedas segar. No llames riquezas a esas cosas, porque no son riquezas verdaderas. Ellas mismas están llenas de pobreza y sujetas a mil accidentes. ¿Cómo puede ser riqueza eso por lo cual temes a los ladrones y a tu mismo criado, por si te matan para quitártelo? Si fueran verdaderas riquezas, serían para tí una garantía de seguridad».

La otra dificultad, la de que un publicano, desechado por todos, llegase a la conversión, encuentra fácil solución a la luz de los relatos evangélicos, y especialmente de las declaraciones llenas de compasión de Jesucristo en favor de los desheredados. Debe tenerse en cuenta de que a pesar de la

intachable conducta de Jesucristo, había salido el dicho entre los judíos de que «*El era un comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores*» (Mateo 11: 19).

De Zaqueo se nos dice que no sólo era un publicano, sino «Jefe de publicanos». Se comprende que en un lugar tan importante comercialmente como era Jericó, ciudad de intenso tráfico entre los países de Oriente y Palestina, y principal paso sobre el río Jordán, se hallaría una oficina de recaudación de impuestos romanos de cierta importancia. El jefe, o uno de los jefes de los recaudadores era Zaqueo. Cuando se habla de publicanos o recaudadores de impuestos en los Evangelios, no debe pensarse en nuestros tiempos modernos, en los que el recaudador de contribuciones es un simple empleado del Estado, con una asignación mensual. En aquellos tiempos el oficio de recaudador era completamente distinto. Los publicanos pagaban al Imperio Romano cierta suma para gozar del privilegio de recaudar los impuestos en nombre de aquel. Para lograr esta cantidad pagada por ellos al Estado, que a veces era considerable, estos funcionarios romanos gozaban de completa libertad para cobrar una sobretasa a los contribuyentes. No es de sorprender, pues, los abusos que este sistema podía acarrear, especialmente si el publicano era una persona desaprensiva, y tampoco puede extrañar el particular encono que los judíos sentían por todos los publicanos, a los cuales consideraban como renegados y excluídos de la vida religiosa y de la comunidad nacional. Es interesante observar, que a pesar de la simpatía de Jesús por estos despreciados, cuando trata de la disciplina del pecador en la Iglesia, dice: «*Si a la Iglesia desoye, sea para ti como gentil o publicano*» (Mateo 18: 17).

Hay discrepancia de pareceres sobre el carácter moral de Zaqueo; algunos creen que era un avaro y un desaprensivo, otros piensan que a pesar de su cargo, era un funcionario

honrado e incluso generoso, aunque en algunas ocasiones hubiera podido causar perjuicio involuntariamente. De los primeros era San Agustín, quien en uno de sus sermones, expresa su opinión sobre Zaqueo en estos términos: «¿Por ventura era santo el modo que tuvo Zaqueo de atesorar sus caudales? Leed y ved. Era príncipe de publicanos, es decir, de los que cobraban tributos. De ahí provenían sus riquezas. Había oprimido a unos, había despojado a otros, y fue así como logró amasar sus tesoros». Sea como fuera, lo que aparece claro en el Evangelio es que Zaqueo deseaba ver al Señor. No puede creerse que este deseo tuviera sus raíces en una mera curiosidad, como por ejemplo la de Herodes el tetrarca, de quien se nos dice en la Escritura, «*que estaba deseoso de ver a Jesús, pues había oído muchas cosas de El, y esperaba verle hacer algún prodigio*» (Lucas 23: 8). El deseo que impulsó a Zaqueo fue algo mucho más profundo, de otra manera es difícil comprender que un personaje tan importante y de tan buena posición como él, en Jericó, se expusiera al ridículo ante aquella muchedumbre, encaramándose a un árbol. Sin duda ayudó a crear este deseo en él, el hecho de haber oído acerca de la favorable actitud de Cristo hacia los despreciados publicanos. No es demasiado suponer que se hubiera enterado que entre los discípulos que aquel joven Maestro de Galilea había escogido, se hallaba un antiguo compañero suyo llamado Mateo. Es fácil adivinar lo que esto representaba para aquel cuerpo de funcionarios romanos, tratados siempre como traidores. Por fin, un profeta, un enviado de Dios se acercaba a ellos lleno de simpatía, abriéndoles de par en par los brazos. San Agustín, disertando sobre este deseo de Zaqueo, lo coloca como el primer paso en su conversión: «Fijaos en que consistió esa salud, dice el Padre de la Iglesia. En primer lugar deseaba ver al Señor, y como era pequeño de cuerpo y la multitud le impedía

conseguir su objeto, se subió a un árbol, pudiendo así alcanzar a ver al que pasaba».

San Lucas el evangelista, parece que se complace en darnos todos los detalles de la manera en que Zaqueo se empeñó en ver al Señor. Nos dice que, «*como no lograba ver a Jesús a causa del gentío, porque era pequeño de estatura, corriendo adelante se subió a un sicómoro para verle, pues debía pasar por allí*» (Lucas 18: 3-4). El sicómoro es un árbol de ramas bajas con tendencia a extenderse horizontalmente; eso permitió a Zaqueo trepar a él con facilidad. La escena un poco cómica o ridícula, según quiera calificarse, encierra más bien un profundo significado espiritual. Este hombre prefiere exponerse al ridículo y a la burla, antes de dejar perder esta ocasión de ver a Jesús, que quizá intuía sería la última, como en efecto lo fue. El deseo de Zaqueo, se vería cumplido con creces. Nos dice el Evangelio que, «*cuando llegó a aquel sitio Jesús levantó los ojos y le dijo: Zaqueo, date prisa en bajar, porque hoy me hospedaré en tu casa*» (Lucas 18: 5). Puede imaginarse la sorpresa de aquel jefe de publicanos al oírse llamar por su nombre. ¿Le conocía el Señor?, o quizás, ¿había oído pronunciar su nombre entre las burlas de la multitud que miraba hacia la copa del sicómoro? Nada sabemos con certeza, aunque comprendemos que no existe dificultad en esto, pues el evangelista San Juan nos dice que: «*Jesús conocía lo que había en el hombre*» (Juan 2: 25). Este llamamiento personal nos recuerda otro, hecho al que más tarde fue un insigne Apóstol: Saulo de Tarso. A éste de forma dura, y a Zaqueo con suaves y persuasivas palabras, Jesucristo les hace descender del alto lugar donde se habían colocado, porque, la verdad es, que a Cristo se le ve mucho mejor cuando uno se humilla; es a sus plantas desde donde se tiene una clara visión de la gloria y majestad de Jesucristo.

En el llamamiento de Cristo a Zaqueo se observa un elemento de urgencia. No hay duda que en la palabra «hoy», coinciden dos deseos: el de un alma que anhela la salvación, y la voluntad de salvar del Redentor. La sombra de la cruz se proyecta ya claramente en el camino del Cristo, y antes de morir se esfuerza en salvar a los que sinceramente le buscan. Quizá, de propósito, San Lucas el evangelista señala el contraste entre el gozo de Zaqueo y la murmuración y enfado de los judíos. Aunque el escoger el hogar de Zaqueo era, en efecto, un menosprecio a los demás que se tenían por más justos, debemos llegar a la conclusión que aquel despreciado publicano y su familia estaban en mejores condiciones espirituales que los demás para recibir a Jesús. Se cumplía así aquella sentencia un tanto paradójica que anunció el viejo Simeón en el templo de Jerusalén, cuando después de haber tomado en sus brazos al niño Jesús, dijo: «*He aquí que éste está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel y como señal de contradicción*» (Lucas 2: 34).

A los murmuradores, — siempre los hay cuando un alma se acerca a Jesús — el Señor les da dos poderosas razones que motivan su elección. La primera, que su misión era precisamente la de «*buscar y salvar lo que estaba perdido*». La otra razón era, que aquel jefe de publicanos a quien creían irreligioso, «*era también hijo de Abraham*» (Lucas 19: 9).

En efecto, algo hay de singular en la vida de este publicano. Un hombre tildado de avaricioso, y a quien, sin duda, se le imputaban tantas exacciones, puede ponerse en pie ante el Divino Maestro y sus impugnadores y decirles: «*La mitad de mis bienes doy a los pobres, y si algo defraudé a alguno, le restituyo el cuádruple*» (Lucas 19: 8). No hay duda de que Zaqueo, a pesar que no hacía sonar trompeta antes de dar sus limosnas, como acostumbraban los donantes fariseos, era un judío generoso. Si en algún tiempo fue un

avariento, aquella codicia se transformó en filantropía. Tanto sus limosnas, como su cuidado en reparar los agravios que hubiera podido hacer, son el mejor indicio de un verdadero y profundo arrepentimiento. Sin embargo, algunos han querido ver en esta declaración de Zaqueo, un simple intento de justificarse ante el Señor de la acusación de los religiosos. No creemos que sus palabras deban entenderse en ese sentido, pues Zaqueo no niega que es un pecador, aunque tampoco admite la inculpación de que él es un desaprensivo, o un avaro, o peor aún, un ladrón. La mejor evidencia de que no quería justificarse ante el Señor, es que el mismo Jesús salió en su defensa, diciendo: «*Hoy ha venido la salud a esta casa*» (Lucas 19: 9). Limosnas, buenas obras, y deseos de reparar los agravios hechos, no habían podido lograr la paz para su alma, y su salvación; sin embargo, «hoy» es un día de gozo y salvación para Zaqueo y los suyos, por el mero hecho de la presencia de Cristo en su hogar, y algo imprescindible para la salvación: la fe. Sí, la fe es la maravillosa realidad que convierte a un publicano en «un hijo de Abraham», es decir, uno que como Abraham, el padre de los creyentes, ha sabido poner toda su confianza en el poder redentor de Jesucristo.

Quisiéramos terminar con una oración de San Agustín, que la hacemos nuestra, deseando sea también el ferviente anhelo de todos, y especialmente de los que tienen el privilegio de estar, como Zaqueo, en buena posición: «¡Oh! ¡Señor y Dios mío! ¡oh Señor Dios nuestro! Haznos bienaventurados de Ti para que vengamos a Ti. No queremos buscar la felicidad en el oro, ni en la plata, ni en las fincas; no queremos buscarla en estas cosas terrenas, vanísimas y transitorias de la vida caduca. No hable nuestra boca humanas vanidades. Haznos bienaventurados de Ti, porque no te perderemos. Haznos dichosos de Ti, porque «*bienaventurado el pueblo que tiene por Señor a su Dios*».

IX

LEGION EL ENDEMONIADO

«Si llega uno más fuerte que él, le vencerá, le quitará las armas en que confiaba y repartirá sus despojos» (Lucas 11: 22).

En el relato de la conversión del endemoniado geraseno, nos enfrentamos con uno de los problemas más delicados; el de la existencia de un mundo invisible y tenebroso. Es merced a las Santas Escrituras que sabemos algo respecto a este reino de tinieblas. Sin la ayuda de la Palabra de Dios no se podrían comprender muchos de los acontecimientos de la historia de nuestra humanidad, que han sido provocados por estas potencias invisibles malignas, las cuales tan grande parte toman en la marcha de nuestra civilización.

Es cierto, que no pocos dudan de la realidad de este reino tenebroso por el mero hecho de que es invisible, pero no se pueden negar las evidencias externas de la actividad en nuestro mundo de unos seres malignos. En la Escritura Santa, y especialmente en los Evangelios, hallamos declaraciones terminantes de Cristo y sus Apóstoles sobre este mundo invisible. Algunos ante estas declaraciones objetan que Cristo quiso simplemente acomodarse a las creencias erróneas y al lenguaje popular de su tiempo, usando una terminología que hiciera creer que sus curaciones de lunáticos y otras enfermedades nerviosas, eran casos de endemoniados. No podemos admitir que un Maestro tan veraz como Jesucristo haya adoptado esta manera de obrar, permitiendo que el equívoco sobre asunto tan trascendental pudiera continuar

propagándose. Al contrario, cuando en el Evangelio se nos relata la curación extraordinaria de un poseso a quien ni los mismos Apóstoles pudieron librar del demonio, Jesucristo dice claramente: «*Este linaje con nada puede salir si no es con oración y ayuno*» (Marcos 9: 29).

No hay duda de que los discípulos de Cristo experimentaron esta verdad, enunciada por su Divino Maestro, en ocasión de su ministerio público. En efecto, se nos narra en el Evangelio que cuando Jesucristo envió a setenta y dos de sus discípulos para que le precedieran en los lugares a donde había de ir, éstos realizaron muchos prodigios, pero el que más les llenó de alegría, fue el dominio logrado, en el nombre de Jesús, sobre los espíritus malignos. He aquí sus palabras: «*Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre*» (Lucas 10: 17). El Divino Maestro confirma tal victoria sobre el reino de las tinieblas diciendo: «*Contemplaba yo a Satanás caer del cielo como un rayo*» (Lucas 10: 18).

Cualquier observador imparcial podía convencerse de la realidad de aquellos espíritus inmundos, pues en no pocas ocasiones, cuando salían de las personas endemoniadas, daban testimonio público de la divinidad de Jesucristo. San Lucas el evangelista, que como se sabe fue médico, nos narra en su Evangelio, con precisos detalles, que, «*los demonios salían también de muchos, gritando y diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Pero El les reprendía y no les dejaba hablar, porque conocían que era El el Mesías*» (Lucas 4: 40). Para los que alegan que no se trataba de endemoniados, sino de enfermos y locos, el Santo Evangelio les responde distinguiendo una cosa de la otra. Así está escrito: «*Curó a muchos pacientes de diversas enfermedades y echó muchos demonios, y a éstos no les permitía hablar porque le conocían*» (Marcos 1: 34). Aun del mismo Cristo dijeron en una ocasión: «*Está endemoniado, ha perdido el juicio*» (Juan 10: 20).

Para los Padres de la Iglesia, la existencia de los espíritus inmundos invisibles era una realidad. San Agustín tratando sobre este asunto en uno de sus sermones, habla de la lucha espiritual contra este reino tenebroso en los siguientes términos: «Puesto que invisibles son los enemigos, invisiblemente deben ser dominados. Al enemigo visible se le vence hiriéndole; al invisible se le vence creyendo. Visible es el hombre que te persigue; y visible es el acto de herirle. Invisible es el diablo, e invisible la fe. Existe una lucha invisible contra los enemigos invisibles». También Tertuliano, el gran apologista, afirma en sus escritos la realidad de ese mundo demoníaco. En una apología dirigida a Scapula, gobernador romano, le relata como entre los prodigios que los cristianos de sus días efectuaban, existían algunos casos de posesos librados del poder del demonio: «Por ejemplo, dice Tertuliano, el secretario de uno de vuestra casa, derribado un día por un mal espíritu, fue librado por un cristiano; otros deben a un cristiano la sanidad de un pariente o un hijo».

En fin, algunos impugnan estos relatos de endemoniados, alegando que solamente se produjeron en los tiempos de Jesucristo y de la Iglesia primitiva. Es posible que en los días de Cristo y del nacimiento de la Iglesia, cuando se estaba librando tan decisiva batalla espiritual en nuestro mundo, haya habido una actividad extraordinaria de las fuerzas del mal, pero nadie puede asegurar, a este respecto, que en la actualidad no exista gente poseída del demonio. Es posible que se usen nombres menos expresivos, o si se quiere, algo disfrazados, para designar a los posesos, pero en tiempos recientes, y aun en nuestros propios tiempos, han existido y existen tales energúmenos que nadie dudaría en afirmar a la luz de sus palabras y actos, que el control de sus vidas está directamente en manos diabólicas. Sin embargo, no debe caerse en el extremo de pensar que

nuestro mundo está bajo la sola influencia de este reino de tinieblas, pues Dios es soberano, y a pesar de la intensa actividad diabólica, él reina. Así lo expresa San Agustín en uno de sus sermones: «No deduzcáis, empero, que el demonio y sus ángeles, designados en las sobredichas expresiones del Apóstol, gobiernan el mundo del que está escrito: «*Y el mundo fue hecho por El*» (Juan 1: 10).

Con el poseso geraseno, llamado Legión, nos hallamos ante uno de los casos más extraordinarios de posesión demoníaca. Debe pensarse que cuando el Evangelio nos habla de un caso extraordinario de endemoniado, como por ejemplo el caso de María Magdalena, dice que de ella «*habían salido siete demonios*» (Lucas 8: 2). En el caso de este geraseno parece que eran un gran número de demonios los que le poseían, pues una legión romana estaba formada por unos seis mil hombres. No es sorprendente, pues, que el Evangelio diga que: «*si bien había sido muchas veces sujetado con grillos y cadenas, él había forzado las cadenas y hecho añicos los grillos, y nadie era capaz de domeñarle*» (Marcos 5: 4). Difícil sería hallar un caso más típico para mostrar lo que puede ser una vida bajo control demoníaco. Alejado de todos, desnudo, habiendo perdido el pudor, este hombre no solamente era un peligro para sus semejantes, sino que además, «*se pasaba la noche y el día entre los monumentos funerarios y por los montes gritando e hiriéndose con piedras*» (Marcos 5: 5). San Juan Crisóstomo, en una de sus homilias hace un parangón entre el estado de este pobre poseso, y los que sin estarlo literalmente, están poseídos por el pecado y los vicios. Dice el Crisóstomo: «Lo mismo nos es dado ver también ahora a muchos endemoniados en los sepulcros, a los que nada contiene en su furor; ni el hierro, ni la cadena, ni la multitud de hombres, ni la exhortación, ni el aviso, ni el temor, ni la amenaza, ni otra cosa ninguna de este género.

Y es así que un lascivo, cautivo del deseo carnal, no se diferencia en nada de un endemoniado, antes corre, como él, de una parte a otra desnudo, no porque no esté cubierto de sus vestidos, sino porque está privado de la verdadera vestidura y despojado del honor que le corresponde, y se hiere a sí mismo, no con piedras, sino lo que es mucho peor, con pecados. Pues a este tal ¿quién le podrá sujetar? ¿Quién calmarle cuando se le ve desvergonzado, petulante, fuera de sí, habitando siempre en los sepulcros? Que no son otra cosa las casas públicas, llenas de pestilente hedor, de pestilente podredumbre».

Es interesante observar la contradictoria actitud del endemoniado ante Jesús. En efecto, su acto de pleitesía postrándose a los pies de Jesucristo contrasta con sus palabras impregnadas de terror y odio a la vez: «*¿Qué tienes que ver conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te conjuro por Dios, no me atormentes*» (Marcos 5: 7). Como en muchos otros casos de endemoniados, en este poseso se produjo un fenómeno de dualidad. Sin duda, el endemoniado tuvo que sostener una intensa lucha entre sus propios sentimientos y los que los espíritus malignos le imponían. El Crisóstomo, en su mencionada homilia describe esta escena en los siguientes términos: «Con razón se declara primero la enemistad, porque no aparezca sospechoso el homenaje. Y es que sufrían invisiblemente el azote, y se agitaban en borrasca más que los mares, y se sentían aguijoneados y abrasados y víctimas de dolores intolerables con sólo su presencia». Este mismo Padre de la Iglesia, hace énfasis en la declaración del endemoniado respecto a Cristo, sobre todo, cuando la compara con la torpeza de la mayoría de los judíos que no le reconocieron como el enviado de Dios: «No sin causa, dice el Crisóstomo, como las muchedumbres le llamaban hombre, vinieron los demonios pregonando su divinidad; y los que

no oyeron la voz del mar embravecido puesto en calma, oyeron a los demonios que a gritos decían lo que el mar estaba clamando con su tranquilidad».

El terror al tormento que por boca del poseso expresan los demonios, es como una pequeña ventana abierta sobre un mundo invisible de misterio y de horror. Sorprende ver que ante la insistencia de los demonios, Cristo permite que entren en la piara de puercos que estaban paciendo en las cercanías. De poco sirvió a aquella legión de demonios el querer albergarse en los animales inmundos, pues dice el Evangelio, que cuando los espíritus inmundos entraron en los cerdos, «*se lanzó la piara por un acantilado en el mar, en número de dos mil, y en él se ahogaron*» (Marcos 5: 13).

Algunos han tratado de ver en este incidente, un atentado de Jesús contra la propiedad privada, al permitir que los dos mil puercos se ahogasen. Cuando no se tiene en cuenta la soberanía de Dios, se puede errar fácilmente atribuyendo a Dios muchos despropósitos. Si alguien se escandaliza por la pérdida de la piara de puercos, debería hallar muchas más ocasiones de escándalo con muchos terribles sucesos que se producen en nuestro mundo. Sin querer entrar en consideraciones sobre la responsabilidad por la pérdida de aquellos animales inmundos, lo cierto es que Cristo supedita en esta ocasión, como en tantas otras, lo material a lo espiritual, librando del poder de las tinieblas a aquel pobre endemoniado. El Crisóstomo, entre las diversas razones que da sobre la manera de obrar de Jesucristo, nos ofrece una que quisiéramos señalar: «En efecto, dice el Crisóstomo, es cosa a todos manifiesta que los demonios nos aborrecen más a nosotros que a los irracionales; si, pues, no perdonaron a los puercos, antes en un solo momento los precipitaron, mucho más lo hubieran hecho con el hombre a quien poseían y a su antojo llevaban y traían del desierto, si no fuera porque, aun en medio de esta

tiranía, hubiera sido grande la providencia de Dios que refrenaba y contenía sus ímpetus para que no pasaran adelante. Por lo cual se ve claro que no hay ninguno que no goce de la providencia de Dios. Y si no todos de la misma manera, aun esto es una muestra grandísima de providencia. Porque la providencia se manifiesta según a cada uno le es conveniente».

Pocas conversiones han producido un cambio tan radical en la vida de un hombre. De un energúmeno, aquel pobre geraseno se convirtió en un discípulo amante de Cristo. El que se complacía en los inmundos sepulcros, se place ahora a los pies de Jesús; el que había sido un peligro público, ahora se convierte en un heraldo de paz; en fin, quien anduvo desnudo con desvergüenza, está ahora vestido con pudor junto a su Divino Maestro. Tal es la hermosa escena que los habitantes de aquella región pudieron ver, y que el Evangelio nos ofrece en estos términos: «*Y llegándose a Jesús, contemplaban al endemoniado sentado, vestido y en su sano juicio, el que había tenido toda una legión, y temieron*» (Marcos 5: 15). En este endemoniado geraseno parece que se cumplió al pie de la letra, lo que más tarde San Pablo enseñaría a los fieles corintios, escribiendo: «*De manera que el que es de Cristo, se ha hecho criatura nueva; lo viejo pasó: mirad se ha hecho nuevo. Mas todo esto viene de Dios, quien nos reconcilió consigo por mediación de Cristo*» (II Corintios 5: 17-18). Dato curioso en el epílogo de la conversión del endemoniado geraseno, es que Jesucristo no atendió a su último ruego. Parece algo paradójico que Aquel que había dicho a tantos: «*sígueme*», en esta ocasión no accedió a que el poseso librado de la legión de demonios le siguiese. Al contrario, el Evangelio nos dice textualmente, «*que no se lo permitió*». No se sabe con certeza los motivos de esta actitud de Cristo hacia el convertido geraseno; quizás el hecho de que

fuera de origen pagano impidió a Jesús tomarle como discípulo en su ministerio entre el pueblo de Israel. Lo que es evidente por los Evangelios es que Cristo tenía una poderosa razón para enviarle a toda aquella región de Decápolis como testigo suyo, y así le dice: «*Vete a tu casa y a los tuyos y cuéntales cuanto el Señor ha hecho contigo y cómo ha tenido misericordia de ti*» (Marcos 5: 19). Ante aquella extraña reacción de los habitantes de la región que temerosos rogaron a Cristo que abandonase sus términos, el Divino Maestro no quiere dejarles sin testimonio, y no podía haber hallado mejor mensajero de su gracia y potencia que aquel que había estado por tanto tiempo bajo el dominio de los demonios. Así expresa el Crisóstomo esta última escena: «Considera de paso la mansedumbre de Cristo, junto con su poder. En efecto, luego que recibidos tantos bienes le despidieron de allí los habitantes de aquella región, no les opuso resistencia, sino que se retiró y abandonó a los que se proclamaban indignos de su doctrina, dándoles por maestro al libertado del demonio, y a los pastores de puercos, para que de ellos se enterasen de todo lo ocurrido».

Quisiéramos terminar con una advertencia de San Agustín, dirigida no a los que todavía están bajo la esclavitud del pecado y de las potencias tenebrosas, sino más bien a los que «*han sido libertados de la potestad de las tinieblas y trasladados al reino del Hijo de su amor, en quien tenemos la redención y la remisión de los pecados*» (Colosenses 1: 13-14): «En un aspecto también, dice San Agustín, el príncipe de este mundo ha sido lanzado del corazón de los que tenéis la fe vivificada por la caridad; mas él os ronda bien, como león rabioso que acecha a quien devorar. La entrada no le importa; no le dejéis resquicio alguno y para defenderos haced que more en vosotros Aquel que por vosotros murió».

X

LA MUJER SAMARITANA

«*Llega la hora, y es ahora, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, pues tales son los adoradores que el Padre busca*» (Juan 4: 23).

La conversión de la mujer samaritana suscita el delicado problema de la universalidad del Evangelio de Cristo. Ya en los días de la Iglesia primitiva los paganos impugnaban la posibilidad de que una sola religión pudiera satisfacer los anhelos espirituales de las distintas nacionalidades y estar al alcance de todas las clases sociales. Celso, el acérrimo enemigo del Cristianismo, en una de sus obras escribe con ironía: «Se debe ser insensato para creer que los griegos y los bárbaros, Asia, Europa, Libia y todos los pueblos hasta las extremidades de la tierra, puedan jamás ponerse de acuerdo para recibir una misma religión». Sin embargo, los distintos casos de conversión que se habían producido en diversos países, eran el mentís más rotundo a esta objeción pagana.

La conversión de la mujer samaritana, y otros samaritanos después de ella, es muy singular, especialmente por tratarse de la gente que más aborrecían los judíos. Tal era el encono de estos últimos contra los habitantes de Samaria, que uno de los peores insultos era el ser llamado samaritano. Como ejemplo, podríamos citar la ocasión en los Evangelios cuando los judíos no hallando insultos más hirientes, dijeron a Jesús: «*¿No decimos bien nosotros que tú eres samaritano y tienes demonio?*» (Juan 8: 43).

Los judíos menospreciaban más a los samaritanos que a los mismos paganos; lo mostraba el hecho de que estos últimos podían ser recibidos como prosélitos del Judaísmo, mientras que los samaritanos no podían ser admitidos. Los mismos rectores judíos llegaron a prohibir todo lo que procedía de los samaritanos, calificándolo de inmundo. Uno de sus dichos bastará para probar su aborrecimiento: «El que come el pan de un samaritano, decían, es como si comiese carne de cerdo». El odio de los judíos contra los samaritanos tenía su raíz en el origen de aquel pueblo. En las Santas Escrituras se nos relata que los samaritanos eran los descendientes de las gentes de Babilonia, Cuta, Ava, Jamat y Sefarvaim, que el rey asirio Asaradón había establecido en la tierra de Samaria para que ocuparan las regiones que habían quedado desoladas después de que los israelitas habían sido llevados cautivos por Salmanasar (II Reyes 17). Probablemente, con el tiempo se mezclaron con los pocos habitantes que habían quedado en Samaria, por lo cual, como dice Josefo en su obra «Antigüedades Judías», los samaritanos pretendían ser descendientes de las tribus de Efraín y Manasés, osando llamar a Jacob, «nuestro padre».

La religión de los samaritanos era una mezcla de Paganismo y Judaísmo que con razón podía ser calificada por los judíos estrictos, de puro Paganismo. Nos dice la Escritura Santa, que a pesar de la llegada a Bétel de un sacerdote judío en los tiempos que siguieron a la cautividad, «*las gentes aquellas se hicieron cada una sus dioses en las ciudades que habitaban, y los pusieron en los altos edificados por los de Samaria*» (II Reyes 17: 29). En ocasión de la vuelta de los judíos a Jerusalén y de la reedificación del templo en la época de Esdras y Nehemías, los samaritanos después de tratar en vano de unirse al pueblo judío, edificaron su propio templo en el monte Gerizim, único lugar elegido por Dios, según ellos,

y el cual, si atendemos a sus tradiciones, no había sido cubierto por las aguas del Diluvio. Dicho templo fue destruido más tarde por Juan Hircano en el año 130 antes de J.C., no volviendo a ser edificado. La revelación escrita de la religión samaritana era el Pentateuco, o sea los cinco primeros libros de Moisés; no admitían los restantes libros del Antiguo Testamento.

Al principio del relato de la conversión de la mujer samaritana, hay una palabra de profundo significado. El Evangelio dice que Jesús «*debía*» pasar por Samaria. Nos hallamos, sin duda, ante un caso parecido al de la mujer sirofenisa. Aunque el Maestro dio mandamiento a sus discípulos que «*no entraran en ciudad de samaritanos*» (Mateo 10: 5), en esta ocasión él mismo va directamente en busca de una mujer samaritana de vida no muy recomendable, pues se sentía impulsado por el deseo de cumplir su misión, que no era otra, que la de salvar, aunque se tratase de una samaritana de vida licenciosa.

El historiador judío Josefo, en su obra antes mencionada, dice que «los galileos pasaban generalmente por Samaria para dirigirse a Jerusalén en ocasión de las fiestas judías». Aunque se cree que era el camino que tomaban las caravanas galileas, sin embargo, los judíos que se preciaban de guardar estrictamente la ley, daban un gran rodeo para evitar entrar en tierras samaritanas. Jesús optó por el camino de Samaria, y su decisión dio por resultado la conversión de muchos samaritanos.

La escena que nos presenta el Evangelio es muy hermosa. Después de una larga caminata, Jesús llegó a un feraz valle que se hallaba entre los montes Ebal y Gerizim; el tiempo era brillante y caluroso, y así llegando a la vera del pozo de Jacob, el Divino Maestro quiso descansar mientras sus discípulos iban a comprar algo a la ciudad de Sicar. Estando

sentado, Jesús ve acercarse al pozo una mujer. Era algo anormal, y que se salía de la costumbre, el hecho de que una mujer fuera a proveerse de agua al medio día, en lo más fuerte del calor. Como en tantos lugares de España aun actualmente, las mujeres de aquella región hacían su provisión de agua por la mañana, o al atardecer, pero esta samaritana, como veremos más adelante, tenía sus razones para no seguir la costumbre del lugar, evitando así tropezar con las demás mujeres.

A pesar de los prejuicios rabínicos de la época, Jesús se dirige sin preámbulos a aquella mujer. Haciendo esto, el Maestro rompía unas tradiciones que se habían convertido en leyes, respecto a la actitud que los rabinos debían tomar en público con las mujeres. Téngase en cuenta que existían ideas muy singulares a este particular entre los dirigentes religiosos. Consideraban estos últimos, que a causa de la incapacidad de la mujer para apropiarse las verdades religiosas era preferible no perder el tiempo hablando con ellas. Una declaración rabínica ilustrará el pensamiento de los maestros religiosos de aquellos días: «No prolongues la entrevista con una mujer, decían; que nadie hable con una mujer en la calle, ni aun con su propia esposa; antes que enseñar a las mujeres las palabras de la ley, mejor es quemar estas palabras». Jesús no tuvo en cuenta tales prejuicios, empleándose con una delicadeza sin par, a conducir paso a paso a aquella mujer, sin duda incapaz e ignorante, por el camino de la salvación. Si el Maestro no hubiese dirigido la palabra a la samaritana, ésta no le hubiera saludado siquiera, y se habría marchado tal cual vino, en una condición espiritual que dejaba mucho que desear. La manera en que Jesús entra en contacto con la mujer, está impregnada de amabilidad, humildad y sencillez. Para romper el hielo de la secular enemistad entre judíos y samaritanos, el Maestro adopta el

método de pedir un favor a la mujer con el fin de ganar su confianza, o al menos, de poder iniciar la conversación. La petición de Cristo a la mujer: «*Dame de beber*» (Juan 4: 7), correspondía, sin duda, a la sed que sentía el Maestro después del largo camino hecho, pero no puede excluirse el pensar, como hace San Agustín, que estas palabras encerraban un profundo significado espiritual. El mencionado Padre de la Iglesia, escribe a este respecto: «Jesús dijo a aquella mujer samaritana: Tengo sed. ¿Qué quiere decir: Tengo sed? Deseo tu fe».

No sabemos cómo la mujer conoció que Jesús era un judío, pero probablemente le reconoció en la manera de vestir, o en el acento, pues la pronunciación de algunas letras era distinta según hablaba un judío o un samaritano. El Evangelio nos presenta una escena profundamente humana. Un joven rabino judío que no es como los demás; uno que ni odia, ni desprecia como sus correligionarios, sino que pide, pero con el fin de poder dar. No cabe duda de que la mujer se dio cuenta de que Jesús no era como los otros judíos, y su impresión quedó confirmada por la enigmática respuesta de Jesús: «*Si conocieses el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le pedirías a El, y El te daría a ti agua viva*» (Juan 4: 10). Se han buscado distintas interpretaciones a la expresión «don de Dios», pero la más sencilla y evidente es que el «don de Dios» no es otro que Jesucristo. Así lo expone San Pablo: «*El sueldo del pecado es muerte; mas el don de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro*» (Romanos 6: 23).

Aunque Jesús trata de dirigir los pensamientos de la mujer hacia algo más elevado y espiritual, ésta se empeña, en su ignorancia, en interpretar la declaración del Maestro en su sentido material. Sin embargo, en las palabras de la samaritana hay cierta ingenuidad. No entiende el significado

de aquella agua viva que le ofrece Jesucristo, pero sí comprende que podría realizar un milagro que le evitase la molestia de venir diariamente a buscar agua al pozo. La Escritura Santa nos aclara de qué agua hablaba Jesús, cuando más tarde en pleno templo de Jerusalén y ante una grande muchedumbre, dijo: «*Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, según dice la Escritura, ríos de agua viva correrán de su seno. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en El*» (Juan 7: 37-39).

Cuando Jesucristo pide a la samaritana que vaya a buscar a su marido, no lo hace por mera curiosidad o indiscreción, es simplemente una delicada manera de llamar la atención de la mujer sobre su condición moral y espiritual. Es probable que hubiera tenido cinco maridos legítimos, pero el hombre con quien ella vivía en la actualidad, no era su marido, lo cual implicaba el pecado de adulterio. La mujer había llegado al pozo con una relativa tranquilidad de conciencia, pero unas simples palabras de Cristo despertaron aquella conciencia que dormitaba. A pesar de los siglos transcurridos, este relato evangélico está de actualidad en muchos países. En efecto, el liviano concepto que muchos tienen del hogar, ha ocasionado tal desbarajuste en las relaciones matrimoniales, que no es difícil hallar muchas samaritanas modernas que cambian constantemente de marido, llegando a convertirse al fin en adúlteras.

El resultado de la delicada insinuación de Cristo fue el esperado. La mujer empieza a darse cuenta de su situación espiritual, y al propio tiempo de que aquel joven rabino era, sin duda, un profeta; sus propias palabras a los samaritanos de aquel lugar, «*me ha dicho todo cuanto he hecho*» (Juan 4: 29), muestran hasta que punto le impresionaron las palabras de Jesús. Este inesperado encuentro con un profeta judío, le ofrece la ocasión, tanto tiempo deseada,

de resolver sus problemas religiosos. A pesar de haber vivido una vida no muy recomendable, descubrimos en la samaritana cierto anhelo de rectitud, pues cuando Cristo le habló acerca de su marido, ella claramente le dijo: «*No tengo marido*» (Juan 4: 17). Algunos han querido ver en las palabras de la mujer, un mero subterfugio para cambiar de tema, introduciendo al propio tiempo el principal punto en litigio, en materia de religión, que separaba los judíos de los samaritanos. No es probable que así fuese, al contrario, parece que la mujer, después de haber sido despertada su conciencia, empieza a sentir la sed espiritual de la cual ya le había hablado al principio el Divino Maestro, sin que ella llegase a comprender.

Es posible que el descubrimiento de su pecado, incitase a la samaritana a inquirir sobre la manera de estar en regla con Dios, primer requisito para una verdadera adoración. La mujer se daba cuenta de que era incapaz de adorar en su actual estado espiritual, pues antes de poder rendir culto a Dios, debía recibir el perdón de sus pecados. La sinceridad de esta mujer reclamaba una clara respuesta de Cristo, quien, en efecto, le revela una de las verdades más profundas que hallamos en los Santos Evangelios. El Maestro en su respuesta suprime todos los exclusivismos religiosos, anulando al propio tiempo el particularismo judaico. El problema, según Cristo, no es dónde se debe adorar, sino más bien cómo debe rendirse esta adoración. Si en algún tiempo Dios, para un propósito determinado y temporal, designó a Jerusalén como centro de culto, ahora la adoración no depende del lugar, sino del estado del alma. Así Jesucristo abre unas perspectivas universales a la verdadera adoración que consiste, no en algo meramente exterior, sino en una adoración «*en espíritu y en verdad*» (Juan 4: 23). El verdadero culto, en efecto, debe tener las características del Ser a quien va

dirigido. Jesucristo con una admirable sencillez revela a esta mujer una sublime verdad que determina la forma y calidad de la adoración: «*Dios es espíritu y los que le adoran, en espíritu y en verdad le deben adorar*» (Juan 4: 24). No es sorprendente, pues, que ante tales declaraciones, la samaritana, confíe a Cristo una esperanza por mucho tiempo conservada en su corazón, diciendo: «*Yo sé que el Mesías, el que se llama Cristo, está por venir, y que cuando venga nos hará saber todas las cosas*» (Juan 4: 25). Jesús se revela claramente a la mujer respondiendo: «*Soy yo, el mismo que hablo contigo*» (Juan 4: 26).

El epílogo de esta bella narración evangélica, es digno de figurar en el más famoso retablo. Una adúltera, después de haber gustado el don de Dios y saciado su alma del «*agua de vida que salta hasta la vida eterna*», se convierte en una mensajera del Mesías, y aun como dice San Juan Crisóstomo, «en maestra de los samaritanos». Quisiéramos terminar citando a este Padre de la Iglesia, quien en una de sus homilias dice así: «Los samaritanos, en efecto, creyeron por el testimonio de la mujer, y sin haber visto milagro alguno, salieron a rogar a Cristo que se quedara con ellos... Oye, pues, lo que ellos dicen: «*Sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo, el Mesías*». ¿Ves cuán presto conocieron que iba a atraer en pos de sí todo el mundo, y que había venido a obrar la salvación de todos, y que no se había de circunscribir su providencia a los judíos, sino diseminar su predicación por toda la tierra? Mas no así los judíos; antes, tratando de establecer su propia justificación, perdieron la de Dios (Romanos 10: 3). Pero éstos confiesan hallarse todos culpables, manifestando la sentencia del Apóstol: «*Todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios, y ahora son justificados gratuitamente por su gracia*» (Romanos 3: 23-24).

XI

CORNELIO EL CENTURION

«*No hay ya judío ni gentil, no hay esclavo ni libre, no hay varón ni hembra, porque todos sois uno en Cristo Jesús*» (Gálatas 3: 28).

Es interesante observar en el relato de la historia de la Iglesia primitiva, que la primicia de los convertidos del Paganismo fue un hombre de quien, humanamente hablando, no se podía esperar una adhesión tan cálida y ferviente al Cristianismo. Se trata de un centurión del ejército romano llamado Cornelio. De él sólo se sabe que pertenecía a la cohorte llamada Itálica, lo cual indica que era originario de Italia. Parece como si Dios hubiera escogido como primer fruto entre la gentilidad a un hombre cuya conversión podía considerarse como sumamente difícil por las barreras que impedían su acercamiento a Cristo. Cuatro eran estas barreras. La primera, que se trataba de un pagano quien a causa del orgullo romano por sus muchos dioses tan íntimamente ligados a la madre patria, tendría mucha dificultad en abandonar los ídolos. Luego, que era un romano, es decir, un ser que en aquellos días de predominio de la Roma imperial, menospreciaba a los demás pueblos sojuzgados, y de manera especial a los altivos judíos. Era también un soldado, en otras palabras, un invasor que no podía tener muchas contem-

placiones con los naturales del país, y en fin, un centurión, que normalmente gozaba de una situación privilegiada entre la buena sociedad de aquella ciudad, y era tenido en alta estima. Con todo, fue a él a quien Dios en su bondad escogió para hacer manifiesta la gracia de Cristo, y poder ofrecer un ejemplo a la multitud de gentiles que creerían después de él.

Sin embargo, debe decirse que Cornelio era un alma selecta. San Lucas el evangelista e historiador, nos lo presenta como un hombre religioso, de ferviente piedad, y al propio tiempo que buen padre de familia, caritativo con todo el pueblo; en resumen, un alma sincera que buscaba la verdad y se esmeraba en el cumplimiento de lo que creía era su deber hacia Dios y su prójimo. Tal era la excelente conducta de este centurión romano, que no pocos han querido ver en él un ejemplo de los que podrían salvarse poniendo en práctica sus sinceras convicciones religiosas, aunque éstas no se ajusten a la verdad.

Nos hallamos, pues, ante una delicada cuestión: ¿Puede salvarse un hombre si es sincero en sus creencias y prácticas, aunque esté en el error? Existe una tendencia moderna que contestaría afirmativamente a esta pregunta, pero a la luz de las enseñanzas de la Escritura Santa, se debe contestar con un rotundo no. En el caso de la conversión de Cornelio se nos presenta una buena ocasión para demostrar que, a pesar de su sinceridad religiosa, su devoción práctica y sus anhelos de justicia, Cornelio sólo halló la salvación cuando Dios, en su gracia, intervino en su vida enviándole uno de sus Apóstoles para que encauzara su sinceridad por los senderos de la luz y verdad, tales como se nos presentan en Cristo Jesús. Respecto al valor de la sinceridad en la salvación, téngase en cuenta que cuando en una ocasión anterior tratamos de

la conversión de Saulo de Tarso, el perseguidor de la Iglesia, que más tarde llegaría a ser uno de los más insignes Apóstoles de Cristo, observamos que él pudo decir ante el rey Agripa: «*Yo me creía en el deber de hacer mucho contra el nombre de Jesús Nazareno, y lo hice en Jerusalén donde encarcelé a muchos de los santos, con poder que para ello tenía de los príncipes de los sacerdotes, y cuando eran muertos yo daba mi voto*» (Hechos 26: 10). Nadie puede dudar que Saulo, el celoso fariseo, fue sincero en la práctica de su religión, pero pocos podrán afirmar que sus firmes convicciones religiosas le estaban precisamente guiando a la salvación.

Desde el punto de vista humano, Cornelio el centurión fue un hombre religiosamente perfecto. La Escritura dice de él, «*que era piadoso y temeroso de Dios con toda su casa, que hacía copiosas limosnas al pueblo y oraba a Dios continuamente*» (Hechos 10: 2). Nos hallamos, pues, ante un hombre que además de ser sincero, temía y reverenciaba a Dios, tratando de obedecer sus mandamientos, y siendo caritativo con sus semejantes. Cornelio meditaba en las cosas de Dios, buscando conocerle mejor; también oraba continuamente con objeto de hallar el consuelo y la fortaleza para su alma. Parece, por tanto, deducirse, que en lo concerniente a la religión era un hombre sin tacha, y sin embargo, la historia de su conversión empieza con una visión angélica que demuestra que, a pesar de todas sus excelencias, a Cornelio le faltaba algo; no una virtud adicional a las que ya poseía, sino el conocimiento de una bendita persona, sin la cual no podría obtener la salvación de su alma. Esta persona era Jesucristo, quien según el Apóstol San Pedro es el único en quien podemos hallar la salvación, «*pues no existe debajo del cielo otro nombre, dado a los hombres, por el cual podamos ser salvos*» (Hechos 4: 12).

Vemos, pues, que a pesar de toda la sinceridad y religiosidad de Cornelio, el ángel le dice: «*Envía a Jope y haz venir a Simón llamado Pedro, el cual te hablará palabras por las cuales serás salvo tú y tu casa*» (Hechos 11: 13-14). Algunos hallan cierta dificultad en acoplar esta referencia a una salvación futura, con la declaración angélica que la antecede, y que reza así: «*Tus oraciones y limosnas han sido recordadas ante Dios*» (Hechos 10: 4). Creemos que las dos declaraciones son complementarias y que la una explica la otra. En efecto, la sincera oración de Cornelio en súplica de una mayor luz de la que gozaba, subió ante la presencia de Dios, quien no queriendo que aquella alma vagase por más tiempo en oscuridad, permitió que uno de sus fieles testigos le guiase a la verdad, a la luz del Evangelio de Cristo. Respecto a las limosnas de Cornelio, no eran más que la expresión exterior de un cierto conocimiento de la voluntad del Señor, adquirido por la gracia de Dios, en la Santa Escritura, la revelación divina que el Señor había concedido al pueblo de Israel. Dios se agradó de que Cornelio pusiera en práctica, con sinceridad y celo, la luz que había adquirido en el Judaísmo, sin embargo, esta genuína devoción y los consiguientes actos de caridad, no implicaban el disfrute de una fe salvadora, puesto que esta fe no es el resultado de las obras, sino de la predicación del Evangelio, como está escrito: «*Por consiguiente, la fe es por la predicación, y la predicación por la palabra de Cristo*» (Romanos 10: 17), y como veremos más adelante en el relato de la conversión de Cornelio, tanto él como sus familiares y amigos, todos fueron salvos al escuchar el sermón que el Apóstol Pedro predicó en casa del centurión. No deben confundirse las limosnas de Cornelio, fruto de una profunda simpatía hacia el indigente, con las obras de caridad de los fariseos y tantos otros, que sólo tienen

por objeto exponer una devoción más aparente que real, o aun peor, tratar de borrar con ofrendas las faltas morales cometidas, o como Cristo dijo, sustituir con limosnas los deberes más elementales hacia los padres (Marcos 7: 11-12).

En resumen, podemos decir que agrada a Dios que el hombre le tema, pues «*el principio de la sabiduría es el temor de Yavé*» (Proverbios 1: 7), y este temor sabio y reverente es el que habilita al hombre a aceptar la revelación de Dios. Admitir que viviendo una vida recta y sincera, pero en el error, basta para alcanzar la salvación, es desvirtuar el relato de la conversión de Cornelio, quien aunque vivía una vida piadosa ejemplar, Dios tuvo que intervenir, en su gracia, para que no quedara en su estado de condenación, a pesar de su religiosidad, antes bien, recibiera el perdón de los pecados por la fe en Cristo Jesús (Hechos 10: 43).

Quizá Cornelio se sorprendió de las instrucciones dadas por el ángel. En efecto, no le manda llamar a Gamaliel, el famoso rabino, o algunos de sus más aprovechados discípulos de Jerusalén, sino a un desconocido llamado Simón Pedro, que habitaba en casa de un curtidor de Jope. A pesar de su extrañeza, el centurión obedece prestamente, pues estaba preparado para recibir el mensaje; no ocurrió lo mismo al Apóstol Pedro, a quien Dios tuvo que mostrar una visión un tanto enigmática, con el fin de vencer sus dudas y vacilaciones. El hecho de que Dios tuviera que hacer descender del cielo por tres veces aquel grande lienzo con toda suerte de cuadrúpedos, reptiles y volátiles, muestra la resistencia que el Señor encontró en Pedro, antes de poder usarle para una misión tan especial. San Agustín, tratando en uno de sus sermones sobre este asunto, dice lo siguiente: «Pedro temía dar el Evangelio a los gentiles a causa de que los judíos convertidos a la fe, prohibían a los Apóstoles predicar a las naciones circun-

dantes, a pretexto de que era necesaria la circuncisión que ellos habían recibido de sus padres. La visión de Pedro disipó totalmente esta duda. Inmediatamente después de ella, y amonestado por el Espíritu Santo, marcha en compañía de los enviados de Cornelio a encontrarse con él».

Es posible que la visión angélica y el mensaje del enviado celestial, hicieran creer a Cornelio, en aquellos días de espera, que Simón Pedro, el mensajero escogido por Dios, era más que hombre, y por ende, digno de adoración; no es sorprendente, pues, que San Lucas escriba: «*Así que entró Pedro, Cornelio le salió al encuentro, y postrándose a sus pies le adoró*» (Hechos 10: 25). El Apóstol Pedro se mostró un digno embajador de Cristo, dirigiendo la adoración de Cornelio hacia el Señor que le había enviado. La razón que el Apóstol le da es: «*yo también soy hombre*» (Hechos 10: 26), expresando así claramente que sólo Dios es digno de adoración. Cristo y sus Apóstoles trazaron a este respecto una línea definida, confirmando la enseñanza secular en Israel: «*Al Señor tu Dios adorarás y a El sólo servirás*» (Lucas 4: 8).

El secreto de la abundante bendición que Dios derramó sobre las personas reunidas en el hogar de Cornelio es la buena disposición de aquellas almas, la santa expectación con que esperaban el mensaje de vida que el Apóstol Pedro debía anunciarles. El centurión lo expresa en estos términos: «*Ahora, pues, todos nosotros estamos en presencia de Dios, prontos a escuchar de ti lo ordenado por el Señor*» (Hechos 10: 33). Pedro responde con gozo a esta confianza, introduciendo el mensaje con una declaración que confirma el carácter universal del Evangelio de Cristo. Dios, ciertamente, no hace acepción de personas, concediendo, en su gracia, la salvación en Cristo a toda alma que se acerca a El con arrepentimiento y fe.

En el sermón de Pedro, hallamos un resumen del mensaje apostólico. Se observará que dicho mensaje no consiste

en la exposición de las distintas doctrinas o dogmas cristianos, sino simplemente en el relato de la vida, obra y virtudes de la persona de Cristo. Pedro empieza su discurso proclamando el señorío universal de Jesucristo y su misión de paz; El es el supremo heraldo divino que anuncia a todos los hombres la paz tanto tiempo anhelada, esa paz que resulta de la certeza del perdón de los pecados, y de la justificación que Dios otorga, en su gracia, a todos los que aceptan la obra expiatoria de Cristo en el Calvario, como San Pablo dice: «*Justificados, pues, por la fe tenemos paz con Dios por mediación de nuestro Señor Jesucristo, por quien en virtud de la fe hemos obtenido también el acceso a esta gracia, en la cual nos mantenemos*» (Romanos 5: 1-2). El Apóstol Pedro, hace aparecer ante su auditorio, de forma tan real, la vida, la muerte y resurrección de Cristo, así como el juicio venidero que será encargado al Señor, que cuando llegando al punto culminante de su discurso les anuncia que, conforme a las profecías pasadas «*el que cree en El recibirá el perdón de los pecados*» (Hechos 10: 43), todos los presentes creen, produciéndose un nuevo Pentecostés en pequeña escala, pero esta vez entre gentiles. Dejemos que San Agustín relate esta escena y saque de ella una singular lección espiritual: «A la voz de Pedro, dice San Agustín, el centurión Cornelio y cuantos gentiles le escuchaban se convirtieron a la fe, y en seguida, aun antes de recibir el bautismo, fueron llenos del Espíritu Santo. ¿Qué habrá de responder a esto la soberbia humana? No sólo antes de la imposición de manos, sino antes del bautismo les vino el Espíritu Santo, probando así su poder e independencia».

Terminamos, pues, con esta escena que muestra de forma inequívoca la voluntad divina de salvar a los pecadores de la gentilidad, es decir a nosotros, pero antes quisiéramos

recordar una declaración de San Pablo, que nos permite a todos albergar esperanzas ciertas de salvación, si como Cornelio buscamos sinceramente la verdad, y cuando se nos presente, la aceptamos con humildad y fe: «*En él,* dice el Apóstol, *también vosotros que escuchasteis la palabra de verdad, el Evangelio de nuestra salud, en el que habéis creído, fuísteis sellados con el sello del Espíritu Santo prometido, prenda de nuestra herencia*» (Efesios 1: 13-14).

XII

EL CARCELERO DE FILIPOS

«*El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres, me envió a predicar a los cautivos libertad... para poner en libertad a los oprimidos*» (Lucas 4: 18).

Es interesante observar que uno de los primeros convertidos a la fe cristiana en Europa, fue un carcelero que había llegado al borde del suicidio. San Lucas el evangelista e historiador, nos relata la extraordinaria historia de la conversión de este desesperado, quien llegó a la fe por medio del ministerio del Apóstol Pablo. El incidente ocurrió en Filipos, ciudad macedónica, que era una colonia romana. Estas colonias tenían unos privilegios especiales, uno de los cuales era que sus habitantes gozaban de la ciudadanía romana. La forma de gobierno de estas colonias romanas era similar a la de Roma; así leemos en el relato acerca de «pretores» que eran los supremos magistrados de la ciudad de Filipos. El carácter de colonia le fue concedido por Octavio Augusto, quien estableció en la ciudad a muchos veteranos de sus tropas. Esta sin duda, fue la razón de que los habitantes de Filipos fueran en su mayoría romanos, aunque también vivían en dicha colonia un pequeño grupo de judíos. Tan poco numerosos eran estos últimos, que al parecer no había sinagoga

en Filipos. Cuando el Apóstol Pablo y Silas, conforme a su costumbre, quisieron anunciar primeramente el Evangelio a los judíos, tuvieron que desplazarse fuera de la ciudad, a orillas de un río, donde existía un pequeño y sencillo lugar destinado a la oración. Estos pequeños edificios se construían a orillas de una corriente de agua, a causa de las abluciones que los judíos acostumbraban hacer antes de orar.

Es curioso constatar que el primer culto cristiano celebrado en Europa, fue un sencillo culto de mujeres, y que la primera conversión a la fe cristiana fue la de una mujer, por nombre Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira en Asia proconsular. Parece que con esto Dios quiso mostrar la gran influencia que el Evangelio tendría en la emancipación de la mujer, haciéndola pasar de un estado de servidumbre, a una condición más digna, con los mismos derechos que el hombre.

Hallamos un ejemplo de la triste condición de la mujer en aquellos tiempos, en el incidente de la pobre esclava poseída por un espíritu pitón, la cual proporcionaba a sus amos mucha ganancia con sus adivinaciones. Como veremos más adelante, fue a causa del milagro que el Apóstol Pablo operó en esta sierva, librándola del poder de Satanás, que surgieron serias dificultades para el Apóstol y su compañero de ministerio, los cuales al fin fueron encarcelados. Pero, antes de entrar en detalles del suceso ocurrido en la prisión, quisiéramos tratar del problema de las mujeres pitonisas que abundaban en aquellos días de idolatría, superstición y cultos demoníacos.

Aunque algunos han querido ver en esta pitonisa un mero fenómeno de ventriloquismo, tanto el testimonio de la Escritura Santa, como los escritos de los Padres de la Iglesia, no nos permiten dudar sobre la realidad de las posesiones demoníacas, las cuales parece que abundaban en aquellos tiempos. Ireneo, el gran Padre de la Iglesia, escribía

lo siguiente a fines del II siglo: «Puede verse a los verdaderos discípulos del Hijo de Dios, los que han recibido de El la gracia, trabajar en su nombre para el bien del prójimo, según los dones que cada uno ha recibido del Señor. Los unos libran de los espíritus impuros realmente y para siempre a los posesos, y eso de tal forma que estos últimos abrazan la fe y llegan a ser miembros de la Iglesia». San Atanasio, otro de los insignes Padres, se atreve a lanzar un reto a los que dudan de la eficacia y poder del Evangelio, diciéndoles: «Cualquiera desee experimentarlo, venga y verá que con sólo invocar el nombre de Jesús huyen los demonios, cesan los oráculos, y la magia con sus encantamientos queda confundida».

Cierto es, que muchos objetan que es imposible compaginar la posesión diabólica de aquella pobre esclava, con el claro testimonio que ella daba de los Apóstoles, diciendo: «*Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, los cuales os anuncian el camino de la salvación*» (Hechos 16: 17). No debe olvidarse, sin embargo, que como vimos anteriormente en el caso de la conversión del endemoniado geraseno, los demonios proclamaron también públicamente en aquella ocasión, la divinidad de Jesucristo. Aunque no es fácil penetrar en las intenciones de reinado tan tenebroso, puede deducirse que el Diablo trataba de mezclar aquel testimonio demoníaco, verídico en sí, con el mensaje del Evangelio de Cristo, creando cierta confusión en la mente de los que, a causa de su ignorancia espiritual, no sabían discernir donde terminaba el error, y empezaba la verdad. San Pablo, como el Divino Maestro anteriormente, no toleraba el menor testimonio demoníaco que podía hacer creer en una cierta solidaridad con aquel mundo de tinieblas, y así, molesto por la insistencia de la muchacha, dice al espíritu inmundo: «*En nombre de Jesucristo te mando que salgas de ella*» (Hechos 16: 18). Según

el relato de San Lucas, la muchacha quedó libre del demonio desde aquel mismo instante, pero con el espíritu inmundo salió también la facultad de adivinación que poseía la esclava, quedando así truncado el medio de ganancia de sus amos. El resultado de este milagro, fue una grave acusación política de los dueños de aquella sierva, contra Pablo y Silas, a quienes denunciaron ante los magistrados, como hombres que «*perturban nuestra ciudad, judíos como son, y predican costumbres que a nosotros no nos es lícito aceptar ni practicar siendo romanos*» (Hechos 16: 20-21). El cargo que presentaron ante los pretores contra Pablo y Silas era muy serio, pues las leyes romanas establecían penas muy severas que llegaban incluso a la deportación y a la muerte, para todos aquellos que intentaban predicar y establecer nuevas religiones en el Imperio Romano. Por la historia de la Iglesia, se sabe que durante varios siglos el Cristianismo no fue reconocido oficialmente, como lo había sido el Judaísmo y otras muchas religiones de los países conquistados. No es sorprendente, pues, ver el severo castigo que recibieron los siervos de Dios, por el simple delito de haber predicado el Evangelio de la gracia de Cristo.

Es en este momento cuando entra en escena el carcelero que más tarde se convirtió. No sabemos si a causa de la severidad de las consignas recibidas, o de su propia dureza de corazón, el carcelero metió a Pablo y Silas «*en el calabozo interior y sujetó sus pies metiéndolos en el cepo*» (Hechos 16: 24). Estos cepos consistían en un bloque de madera con dos agujeros, en los cuales se metían los pies de los prisioneros. En aquella incómoda posición, y con las espaldas laceradas se hallaban los siervos de Dios, cuando se deciden a poner en práctica las enseñanzas de Cristo, quien había dicho a sus discípulos: «*Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan y con mentira digan contra vosotros todo*

género de mal, por mí. Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa» (Mateo 5: 11-12). En efecto, San Lucas nos dice que hacia la media noche, el Apóstol Pablo y su compañero Silas empezaron a orar, alabando a Dios y entonaban himnos al Señor con tanto fervor que «*los presos los oían*» (Hechos 16: 25). ¡Extraña escena, en verdad! Aquellos espesos muros de la vieja cárcel que sólo habían sido testigos de quejidos de dolor, palabras soeces y blasfemias, oyen por vez primera fervientes oraciones y cánticos de adoración, cuyo eco pasa de mazmorra, en mazmorra, para elevarse hacia el cielo donde iban dirigidos. No hay duda que cuando en su rauda ascensión franquearon la puertas de las mansiones celestiales para entrar en la presencia de Dios, aquel santo lugar fue conmovido, haciendo como consecuencia estremecer los cimientos de la cárcel donde estaban presos Pablo y Silas. San Lucas nos relata que, «*de repente se produjo un gran terremoto, tal que se conmovieron los cimientos de la cárcel; y abriéronse en un instante todas las puertas, y las prisiones de todos se soltaron*» (Hechos 16: 26).

Los hombres pueden tratar de acallar las voces de los siervos de Dios, metiéndolos en las mazmorras más interiores, pero olvidan que Cristo dijo en una ocasión, «*os digo que si ellos callasen gritarían las piedras*» (Lucas 19: 40). Y, en efecto, una discordante sinfonía producida por el ruido de las piedras, fue lo que despertó al carcelero quien «*viendo abiertas las puertas de la cárcel, sacó la espada con intención de darse muerte, creyendo que se habían fugado los presos*» (Hechos 16: 27). ¡Qué contraste entre la desesperada actitud del carcelero en la desgracia, y la que mostraron Pablo y Silas! Estos últimos llenos de una bienaventurada esperanza alabaron a Dios en medio de su dolor, mientras que el carcelero se hundió en la desesperación de su huero paganismo,

y al no hallar pie, sólo vio una solución extrema, la de atentar contra su vida; este hundimiento moral es un claro ejemplo de los funestos efectos de la incredulidad en el alma. Cuando ya la espada iba a hacer su obra de muerte, llega a oídos del carcelero la voz generosa del Apóstol Pablo: «*No te hagas ningún mal que todos estamos aquí*» (Hechos 16: 28). Aquella voz serena, así como la calma de aquellos encarcelados en medio del terremoto, hicieron probablemente más impresión en el carcelero que el propio fenómeno sísmico. Nos relata San Lucas que, «*habiendo pedido luz se precipitó dentro, arrojándose tembloroso a los pies de Pablo y Silas; y sacándolos fuera les dijo: Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?*» (Hechos 16: 29-30).

En su angustia y desesperación, el carcelero formuló una pregunta que puede considerarse como la más trascendental que un hombre pueda hacerse. La importancia de esta cuestión se debe a que expresa el anhelo más íntimo de todos los humanos. Desde las más remotas edades, todas las religiones y los sistemas de filosofía más dispares han tratado de exponer este vital asunto, sin lograr resolverlo. La solución no podía alcanzarse por el hombre a pesar de todos sus esfuerzos, porque radicaba esencialmente en Dios. En efecto, si se examina con atención la historia de la humanidad, se observará como el «¿qué debo hacer?» del hombre, sólo le ha conducido al más completo fracaso, o aun peor, le ha acarreado los grandes juicios de Dios. La única contestación a la gran cuestión del carcelero, y por ende a todos los que buscan la salvación de su alma, es la que el Apóstol Pablo expresa diciendo: «*Cree en el Señor Jesús y serás salvo tú y tu casa*» (Hechos 16: 30).

Téngase en cuenta que el que busca sinceramente la salvación, como ocurrió en el caso del carcelero, debe estar plenamente convencido de su incapacidad para salvarse, en

otras palabras, debe admitir su estado de condenación como consecuencia de sus pecados. Es sólo entonces que el consejo apostólico de creer en el Señor Jesucristo puede tener eficacia redentora en la vida del pecador. Creer, no significa un mero asentimiento intelectual respecto a los hechos históricos de la vida de Cristo; más bien implica la rendición completa de la voluntad, sentimientos e intelecto al Redentor, así como la aceptación de la obra expiatoria de Cristo en la Cruz del Calvario, por cuya sola virtud podemos ser salvos del pecado y sus consecuencias eternas. Obsérvese que a esta fe genuina en Cristo sigue una promesa incondicional e inmediata de salvación. Así, cuando después que el carcelero y todos los de su casa oyeron la Palabra del Señor por boca de Pablo y Silas, nos dice San Lucas que, «*se regocijó con toda su familia de haber creído en Dios*» (Hechos 16: 34). Por si quedara alguna duda acerca de esta conversión tan radical, — téngase en cuenta que todo ocurrió en una sola noche — la Escritura nos habla con detalle de los frutos espirituales que siguieron a la conversión, los cuales mostraban que la salvación era un hecho en la vida del carcelero. Así está escrito: «*En aquella misma hora de la noche los tomó, les lavó las heridas, y en seguida se bautizó él con todos los suyos*» (Hechos 16: 33).

Quisiéramos terminar con unas declaraciones del Divino Maestro que confirman la enseñanza apostólica respecto a la salvación por la fe. Después que Jesús hubo efectuado el milagro de la multiplicación de los panes y los peces, los judíos entraron en discusión con Cristo respecto a los asuntos espirituales. Cuando el Maestro les indicó la conveniencia de afanarse en primer lugar por «*el alimento que permanece hasta la vida eterna*», aquellos galileos que a pesar de haber visto los prodigios de Cristo sólo buscaban lo material, preguntaron al Maestro: «*¿Qué hemos de hacer para obrar las*

obras de Dios? Jesús les responde: *Esta es la obra de Dios: que creáis en aquel a quien El envió»* (Juan 6: 28-29). Que estas palabras de Cristo nos sirvan de aliento para que, como el carcelero de Filipos, sepamos atender al consejo divino aceptando por la fe el don de la salvación que Dios nos ofrece en virtud de los méritos que Jesucristo logró en la cruz del Calvario.

XIII

EL MINISTRO ETIOPE

«Cantaron un cántico nuevo, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos, pues fuiste degollado y nos rescataste para Dios con tu sangre de toda tribu, lengua, pueblo y nación» (Apocalipsis 5: 9).

Aunque no se indica claramente en la Escritura, con la conversión del eunuco etíope, nos hallamos, sin duda, ante el primer hombre de raza negra que tomó el camino de la fe. La palabra etíope significa «rostro quemado», y se sabe por la historia que la región llamada Etiopía comprendía todas las tierras al sur de Egipto. En la actualidad gran parte de aquella región forma el país llamado Abisinia.

A pesar del color de su piel, el eunuco etíope del relato, era un gran personaje. San Lucas nos dice que se trataba de *«un ministro de Candace, reina de los etíopes, que tenía a su cargo todo su tesoro real»* (Hechos 8: 27). Era, pues, lo que en la actualidad consideraríamos como un «Ministro de Hacienda» de aquel reino etíope. El título de Candace, que tomaban las soberanas de aquel país, no era un nombre propio, sino más bien un título como el de Faraón, usado por los reyes de Egipto. Muy poco se sabe de este ministro etíope, aparte de lo que se dice en el relato de los Hechos de los Apóstoles, y en una pequeña referencia que hace de él

Eusebio de Cesárea en su Historia Eclesiástica. Sin embargo, el hecho de que San Lucas nos diga que «*había venido a Jerusalén para adorar a Dios*», muestra que probablemente era un «prosélito de la puerta», es decir, un adicto al Judaísmo, aunque no gozaba de todas las prerrogativas, pues la ley judaica impedía a los eunucos ser admitidos como «prosélitos de la justicia».

Las extraordinarias circunstancias en que el eunuco conoció el camino de salvación, muestran el interés de Dios por su alma; al propio tiempo, el que este ministro etíope se hubiese determinado a hacer la larga peregrinación desde su patria a Jerusalén, con el propósito de adorar a Dios, nos revela su sinceridad, así como su ferviente deseo de conocer la verdad. Nada se nos dice de su gozo al entrar por los pórticos del sagrado recinto de Jerusalén, ni tampoco de su satisfacción espiritual al hallar otros adoradores en el templo, con los cuales poder bendecir a Dios. Quizá el silencio de la Escritura respecto a estos detalles, es un indicio que nos permite pensar, que a pesar de la magnificencia de los edificios del templo, y de la solemnidad de los ritos y ceremonias, el eunuco etíope no había hallado la íntima satisfacción que su alma anhelaba. Así vemos que la primera noticia que tenemos de él, es que estaba de vuelta a su hogar, leyendo las Escrituras en su coche; no es, pues, demasiado aventurado pensar que el eunuco buscaba algo que no había encontrado en la ciudad santa, aunque más tarde se cumplió en él la promesa de Cristo que dice: «*Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá; porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama se le abrirá*» (Mateo 7: 7-8).

La respuesta a su búsqueda espiritual le vino por medio de un fiel evangelista, llamado Felipe. Un ángel del Señor ordenó a Felipe que cesara una actividad muy fructífera en la

ciudad de Samaria, con el fin de trasladarse a un camino desierto que desde Jerusalén la capital, descendía hasta Gaza, en la costa de Palestina. Hacia aquel solitario camino se dirigió Felipe sin vacilar, y su pronta obediencia le valió el privilegio de recoger la primicia de las conversiones en Africa negra. San Juan Crisóstomo en una de sus homilias nos presenta la escena del encuentro de Felipe y el eunuco en estos términos: «Recordad al eunuco de la Reina de los Etíopes, quien aunque bárbaro por nacimiento y agobiado por muchas responsabilidades, aunque rodeado por todas partes de cosas que ocupaban su atención, y sobre todo, aunque incapaz de entender lo que estaba leyendo, sin embargo, leía, mientras iba sentado en su carruaje. Y si por el camino mostró tal diligencia podéis imaginaros lo que haría en casa. Si no podía dejar pasar el tiempo sin leer, cuánto más no se daría a la lectura en su hogar. Si, cuando no entendía nada de lo que leía, él aún no podía dejar de leer, mucho menos después que hubo comprendido. Porque en prueba de que no comprendía lo que estaba leyendo, escuchad lo que Felipe le preguntó: «*¿Entiendes lo que lees?*», a lo que el eunuco no se sintió avergonzado ni confuso sino que, confesando su ignorancia dijo: «*¿Cómo voy a entenderlo si alguno no me guía?*» (Hechos 8: 31). Dios había visto su anhelo de conocer la verdad, aceptó su entusiasmo, y le envió un maestro».

En la sencilla respuesta del ministro etíope se encierra una delicada cuestión: la de la lectura e interpretación de las Escrituras. Lo difícil del problema estriba en los distintos pareceres que se han tenido sobre esta cuestión en ciertas épocas de la historia de la Iglesia. En efecto, en las epístolas apostólicas y las obras de los Padres de la Iglesia, se observa una gran solicitud a fin de que todos los fieles lean y mediten diariamente las Sagradas Escrituras, las cuales podían obtenerse en lengua vulgar. Más tarde, empero, de forma incomprensible, las Escrituras desaparecieron de las manos de los fieles

para ser confinadas a algunos pocos monasterios o conventos. Sobre este fenómeno, que tanto influenció la marcha de la Iglesia, se refiere el insigne Fray Luis de León en la dedicatoria de su libro, «De los Nombres de Cristo», escribiendo: «Esto, que de suyo es tan bueno — se refiere a la lectura y estudio de los Libros divinos — y que fue tan útil en aquel tiempo, la condición triste de nuestros siglos y la experiencia de nuestra grande desventura nos enseñan que nos es ocasión ahora de muchos daños. Y así, los que gobiernan la Iglesia, con maduro consejo, y como forzados de la misma necesidad, han puesto una cierta y debida tasa en este negocio, ordenando que los libros de la Sagrada Escritura no anden en lenguas vulgares, de manera que los ignorantes los puedan leer». Es muy alentador observar en nuestros días un nuevo y profundo interés por las Escrituras, volviendo así, después de muchos siglos, a la práctica apostólica que alentaba la meditación de las Santas Letras. Con todo, queda sin resolver el problema, pues es difícil comprender cómo en los primeros siglos de la Iglesia, la lectura de la Biblia fuese, según San Ambrosio «el principio de vida que alimenta y gobierna el alma», y siglos más tarde esta misma lectura se convirtiese, como Fray Luis de León dice, en una «ocasión de concebir muchos y muy perniciosos errores, que brotaban y se iban descubriendo por horas». ¿Será posible, que como Santiago escribe en su epístola, «*la fuente eche por el mismo caño agua dulce y amarga*»?

Creemos que algunas declaraciones de Cristo y sus Apóstoles, así como de los Padres de la Iglesia sobre este asunto tan delicado, nos ayudarán a sacar una conclusión definitiva. Nadie puede dudar de la importancia que Jesucristo concedió a la lectura y estudio de la Sagrada Escritura. Una de las recomendaciones del Divino Maestro bastará para mostrar el valor que él concedía a tal estudio. Dijo claramente a todos: «*Escudriñad las Escrituras, ya que en ellas*

creéis tener la vida eterna, pues ellas dan testimonio de mí» (Juan 5: 39). Con razón San Jerónimo, aquel Padre tan amante de las Sagradas Letras, dijo: «Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo». El consejo de los más insignes Apóstoles concuerda con la declaración de su Maestro. San Pedro, después de hablar de sus gloriosas experiencias espirituales en el Monte de la Transfiguración, dice a los fieles: «*Tenemos aún algo más firme, a saber la palabra profética, a la cual muy bien hacéis en atender, como a lámpara que brilla en lugar tenebroso, hasta que luzca el día y el lucero de la mañana despunte en vuestros corazones*» (II Pedro 1: 19). El Apóstol Pablo recomienda que se lean sus epístolas, y que se intercambien entre las Iglesias, diciendo: «*Cuando hayáis leído esta epístola, haced que sea también leída en la iglesia de Laodicea, y la que a Laodicea he escrito leedla también vosotros*» (Colosenses 4: 16). Para San Pablo, la palabra del Señor debe formar parte de la vida del cristiano, no ya como algo meramente intelectual, sino más bien como un principio vital y espiritual; así lo expresa a los fieles de Colosas, escribiendo: «*La palabra de Cristo habite en vosotros abundantemente, en toda sabiduría, enseñándoos y amonestándoos unos a otros con salmos, himnos y cánticos espirituales*» (Colosenses 3: 16).

Sería una tarea realmente interminable citar a todos los Padres de la Iglesia que encarecen la lectura y meditación de la Escritura. No admiten siquiera que alguien se prive de esta bendición alegando incapacidad o ignorancia. Tratando sobre este último punto, San Agustín escribe: «El flaco y el fuerte beben los dos a esta misma fuente, y los dos satisfacen en ella su sed. Esta agua salutífera no dice: Me basta con satisfacer al flaco, yo no tengo nada que ofrecer al fuerte... es un agua que mana de una manera tan segura y mesurada, que satisface a los espíritus vigorosos y no asusta

a los débiles». Hay los que alegan que la Escritura no debe leerse a causa de sus muchas dificultades y escabrosas doctrinas, las cuales, como Fray Luis de León pensaba, conducirían al lector a muy perniciosos errores. Sin embargo, ningún Padre o Doctor de la Iglesia admite semejante objeción, al contrario, confirman la opinión de San Agustín. San Juan Crisóstomo, se levanta contra la mencionada objeción, la cual no sólo no es verídica, sino que además desvirtúa el propósito divino de facilitar al hombre una revelación sencilla que esté al alcance de los más simples e ignorantes. Pero, dejemos que el Crisóstomo responda a esta objeción: «Es imposible que no comprendáis el contenido de las Escrituras, la gracia del Espíritu Santo señaló a los publicanos y pescadores, a los indoctos e ignorantes para que compusieran estos libros, de modo que los más sencillos no pudieran tener excusa, para que las palabras que entonces fueron habladas sean inteligibles a todos; que incluso el peón y el criado, la campesina y el más ignorante de los seres humanos pudieran recibir provecho y edificación por lo que escuchasen... ¿Y quién es el que no entiende llanamente los Evangelios? Cuando oís: «*Bienaventurados los mansos*», «*Bienaventurados los misericordiosos*», «*Bienaventurados los de puro corazón*», y así sucesivamente, ¿necesitáis un maestro para entender esas afirmaciones? Y por lo que se refiere al relato de milagros y hechos maravillosos y sucesos históricos, ¿no están suficientemente claros e inteligibles a cualquier persona corriente? No tenéis más que pretextos y excusas». Y el Crisóstomo aún añade algo que está a la base de todo el problema: «No entendéis el contenido, me decís; ¿y cómo vais a entenderlo, si no lo estudiáis? Tomad el libro en vuestras manos; leedlo enteramente».

Volviendo a la historia de la conversión del eunuco etíope, vemos que Felipe toma ocasión de la sed espiritual

de aquel cortesano, para «*anunciarle a Jesús*». No le fue difícil hacerlo, pues la profecía que el eunuco estaba leyendo es una de las más claras sobre los sufrimientos expiatorios que Cristo padeció. Sin duda, los miles de ovejas y corderos que aquel etíope vio sacrificar en el templo de Jerusalén, no habían podido revelarle la verdad, que en figura se escondía tras aquellos sacrificios sangrientos, pero unas simples palabras de la Escritura le aclararon para siempre que Jesús era «*el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*» (Juan 1: 29), y que para efectuar esta expiación, Jesucristo «*como oveja fue llevado al matadero y como un cordero ante el que le trasquila, enmudeció y no abrió su boca*» (Hechos 8: 32). La plena luz del Evangelio, impulsó al eunuco a la obediencia. Así, cuando llegaron a cierta agua, quiso ser bautizado. Es interesante observar que el requisito apostólico para recibir el bautismo, es simplemente la fe. Claro está que Felipe especifica que se trata de una fe «*de todo corazón*», es decir, de una fe que tiene tanta relación con el intelecto, como con el sentimiento y la voluntad; en resumen, una fe, que viendo al Cordero de Dios morir en el Calvario haya incitado al corazón al arrepentimiento, y la voluntad a la sumisión y obediencia, y ahora esté dispuesta a aceptar a Jesucristo como el Hijo de Dios, el Salvador y el Señor.

San Agustín, en uno de sus sermones nos presenta así esta escena: «Entrándose por la puerta de la ocasión, Felipe le anunció a Cristo, Puerta de salud... Bajaron al agua, bautizóle Felipe y al subir del agua descendió sobre el eunuco el Espíritu Santo... Es lo cierto que apenas salido el eunuco del agua, el Espíritu Santo descendió sobre él, sin que nadie le impusiera las manos».

El epílogo de la historia tiene algo de misterioso y a la vez de muy humano. Cuando Felipe hubo cumplido la misión

que se le había encomendado, San Lucas nos dice que «*el Espíritu del Señor arrebató a Felipe, y no le vio más el eunuco*»; de este último se nos dice que, «*proseguía gozoso su camino*» (Hechos 8: 39). En realidad, el etíope no tenía ya necesidad de Felipe, porque se había convertido a Aquel que dijo: «*estas cosas os he dicho para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea cumplido*» (Juan 15: 11).

No hallamos mejor conclusión, que citar un fragmento de San Juan Crisóstomo, el cual deseamos sea de gran bendición a todos: «Hoy, dice el Crisóstomo, no tenemos a ningún Felipe. Sí, cierto. Pero el Espíritu que influenció a Felipe está aquí. No juguemos, amados, con nuestra salvación. Todas estas cosas fueron escritas para nuestra admonición, en quienes los fines de los siglos han parado, como asegura San Pablo (I Corintios 10: 11). Grande es la seguridad contra el pecado que nos da la Escritura. Grande es el precipicio y la profundidad que se abren frente a la ignorancia de las Escrituras. Es abandonar la propia salvación el ignorar las leyes divinas. Esto es lo que ha causado herejías; esto es lo que ha causado inmoralidad; esto es lo que ha trastornado al mundo; porque es imposible que no saquemos provecho si continuamente nos gozamos en tal lectura con inteligencia. En la Sagrada Escritura, las cosas necesarias son evidentes, claras y simples».

XIV

SIMON MAGO

«*De nosotros salieron, mas no eran de nosotros; pues si de nosotros fueran, hubieran permanecido con nosotros*» (I Juan 2: 19).

Resulta casi una paradoja el hablar sobre la conversión de un personaje tristemente célebre, cuya actitud hizo que su nombre diera lugar a la palabra «simonía», que significa, entre otras cosas, el comercio con las cosas espirituales. Dante en el Canto XIX de su Divina Comedia, fustiga a Simón Mago y a los simoníacos, a los cuales halla en su viaje al infierno, con estas palabras: «¡Oh Simón Mago! ¡Oh míseros secuaces suyos, que profanáis las cosas de Dios, prendas que deben ser de la virtud, trocándolas vuestra capacidad en plata y oro!». En la conversión de Simón, o por mejor decir, en la seudo-conversión de Simón, nos hallamos ante una dificultad que desde los primeros siglos del Cristianismo ha entorpecido el crecimiento espiritual de la Iglesia. Nos referimos a las personas que pertenecen a la Iglesia sin haber sido convertidas, aunque profesen ser cristianas. No son pocos los Padres de la Iglesia que ya en sus días se dolían de una situación espiritual muy deficiente, la cual se mostraba en la falta de asiduidad a los templos, excepto en ocasión de las grandes solemnidades: «¿Dónde están, pregunta San Juan

Crisóstomo, los que durante las solemnidades se reunen a nuestro alrededor? Yo lloro sobre ellos pensando cuantos hermanos pierdo, que poca importancia conceden a su salvación, y como la mayor parte del cuerpo de la Iglesia se parece a un frío cadáver». Más fuerte, si cabe, es San Agustín, en sus expresiones respecto a la triste situación en que se veía sumida la Iglesia en sus días, a causa de muchos cristianos que sólo lo eran de nombre: «¡Cuántos cristianos, dice San Agustín, tienen costumbres desordenadas y paganas! Quien quiera vivir cristianamente en medio de los tales, ser sobrio entre gente destemplada, puro en medio de los impuros, adorador del verdadero Dios entre los que consultan a los adivinos, asiduo a su culto entre los frívolos partidarios de ios teatros, debe necesariamente esperar de los tales palabras desagradables, si no ultrajes. Le dirán, por ejemplo: «¡Mirad el gran hombre! ¡Es un santo, un Elías; casi un San Pedro! Se diría que ha descendido verdaderamente del cielo .. ¿crees que sólo tú eres cristiano? ¿por qué no haces como los demás? ¿por qué no se te ve en los espectáculos como todo el mundo? ¿por qué no recurres a los encantamientos y amuletos, y no consultas a los astrólogos o a los adivinos, cuando todos a tu alrededor lo hacen?».

Pero, volviendo a la historia de Simón Mago, veamos quien fue este personaje, y como pudo producirse el lamentable engaño de creer que era un cristiano, llegando a ser bautizado. San Lucas el evangelista e historiador, nos cuenta que a raíz de la grande persecución que se produjo en Jerusalén, en ocasión del martirio de Esteban, muchos de los fieles fueron dispersados por las regiones de Judea y Samaria, entre los cuales se hallaba Felipe, compañero de ministerio de Esteban, quien había sido elegido con otros seis discípulos para servir a las mesas en Jerusalén. Este Felipe, llamado el evangelista, llegó a Samaria donde empezó a predicar el reino

de Dios y el nombre de Jesucristo con tal gracia y potencia, que no sólo la gente le oía atentamente, sino que además «*admiraba los milagros que hacía; pues muchos espíritus impuros se salían gritando a grandes voces, y muchos paralíticos y cojos eran curados*» (Hechos 8: 6-7). Como resultado de este ministerio, muchos aceptaron el testimonio de Felipe, bautizándose así los hombres como las mujeres, añadiendo San Lucas, que todo ello, «*fue causa de grande alegría en aquella ciudad*» (Hechos 8: 8). Entre aquella muchedumbre había un hombre llamado Simón, que durante mucho tiempo había estado practicando la magia, y maravillando a los samaritanos con sus malas mañas. De él se nos dice que «*también creyó y una vez bautizado no se apartaba del lado de Felipe, y viendo las señales y grandes milagros que hacía, estaba fuera de sí*» (Hechos 8: 13).

Simón, llamado el Mago, era sin duda, una especie de astuto charlatán de los que podían hallarse en aquellos días de degradación religiosa. Estos individuos acostumbraban a presentarse como adivinos o astrólogos, así como intérpretes de sueños. Algunos, como Simón, pretendían, sin duda, poseer virtud curativa, y otros poderes mágicos con los cuales embaucaban a la gente sencilla y supersticiosa. Parece que Simón fue uno de esos grandes magos, pues San Lucas dice que, «*todos del mayor al menor le seguían y decían: Este es el poder de Dios llamado grande; y se adherían a él, pues por bastante tiempo los había embaucado con sus trapacerías de magia*» (Hechos 8: 10-11).

Hemos señalado anteriormente, que a pesar de sus muchas supercherías, Simón también creyó a las palabras de Felipe. Para comprender el caso de Simón Mago, y de muchos otros que han profesado creer, tendríamos que examinar el verdadero significado de esta creencia. En la Santa

Escritura, en efecto, se nos habla de las distintas maneras en que se puede creer. Santiago, en su epístola, cita incluso el caso de los demonios, escribiendo lo siguiente: «*¿Tú crees que Dios es uno? Hace muy bien; también los demonios creen y se estremecen*» (Santiago 2: 19). Otra forma de creencia, es la que podría considerarse como un simple asentimiento intelectual. Puede creerse la realidad de ciertos hechos históricos, o convencerse intelectualmente de algunas doctrinas, sin que esto implique una fe genuina en el alma. Simón Mago se convenció, sin duda, no sólo por las palabras de Felipe el evangelista, sino también por las señales y grandes milagros que acompañaban la predicación de aquel siervo de Dios. Especialmente los prodigios que efectuaba Felipe por el poder de Dios, tan superiores a los fenómenos con los cuales él había embelesado a los samaritanos, le decidieron a adherirse al evangelista, creyendo, sin duda, que un poder mágico muy superior al que él poseía obraba en Felipe, y también podría operar en él mismo. Vemos, pues, que a pesar de que se diga que Simón creyó y fue bautizado, los hechos que siguieron, así como la actitud de Simón en los asuntos espirituales, muestran que no se había convertido a la fe, cumpliéndose en él lo que el Divino Maestro había enseñado en la parábola del sembrador, referente a la buena semilla que es sembrada en peñascales y espinos, y aunque recibida con gozo al principio, se seca por no tener raigambre, y por la presión que operan sobre ella los espinos.

Este caso de falsa conversión de Simón Mago, debe servirnos de advertencia, pues según el relato de la Escritura, el bautismo no produjo ningún efecto espiritual en el Mago, por la sencilla razón de que era una ceremonia exterior que no correspondía a ninguna realidad espiritual en su vida, puesto que no se había convertido. Es obvio, según la enseñanza apostólica de la Iglesia primitiva, que por el mero

hecho de haber sido bautizado, no puede pretenderse ser cristiano. Podría ser que algunos piensen formar parte de la Iglesia, exteriormente o formalmente, al haber pasado por las aguas del bautismo, pero si los tales no han experimentado una verdadera conversión, si no se ha producido en ellos una profunda regeneración espiritual por el Santo Espíritu, la cual se mostrará moralmente en sus vidas, no son realmente cristianos, en el sentido que la Santa Escritura da a esta palabra.

Aunque la predicación y prodigios de Felipe el evangelista, habían entusiasmado a Simón Mago, hasta el punto de hacerse bautizar, la presencia de los Apóstoles Pedro y Juan, le hizo comprender que se hallaba ante algo más extraordinario aún. Sin duda, había tratado de penetrar en el secreto de las maravillas que efectuaba Felipe, sin conseguirlo, pero cuando vio los resultados que una simple imposición de manos de los Apóstoles podían producir en la vida de un hombre, no vaciló en desenmascararse, haciendo una sacrílega proposición a aquellos enviados de Dios. Creía que una importante suma de dinero, bastaría para convencer a los Apóstoles. La proposición de comprar la virtud de conceder el don del Espíritu Santo por la imposición de manos, muestra que Simón Mago no había comprendido absolutamente nada de lo que significaba la gracia de Dios. En efecto, si el don de Dios pudiera comprarse con dinero, no sería un don, sino una adquisición. No sabemos si a causa de estas u otras experiencias parecidas, es por lo que el Apóstol Pedro, en una de sus epístolas habla claramente de la ineficacia del dinero para lograr el supremo don de Dios, la redención del alma, escribiendo: «*Sabiendo que habéis sido rescatados de vuestra vana manera de vivir, recibida por tradición de vuestros padres, no con cosas corruptibles como plata y oro, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de cordero sin defecto ni mancilla,*

predestinado antes de la creación del mundo y manifestado al fin de los tiempos por amor vuestro, los que por El creéis en Dios, que le resucitó de entre los muertos y le glorificó, de suerte que vuestra fe y vuestra esperanza se dirigiesen a Dios» (I Pedro 1: 18-21).

San Agustín, en uno de sus sermones, nos presenta esta misma escena, haciendo énfasis en la ignorancia espiritual de Simón Mago, quien creía que se podía poseer aquel poder apostólico por la sola virtud humana, sin tener en cuenta las disposiciones del alma. Así escribe este Padre de la Iglesia: «Los samaritanos recibieron, pues, el Espíritu Santo de una manera visible. Viendo esto Simón, y creyendo que se trataba de obra de hombres, quiso recibirlo también. Pensó que era obra de hombres, y propone a los hombres que se lo vendan. ¿Cuánto, dice, me exigís por la imposición de las manos para que baje sobre mí el Santo Espíritu? Indignado Pedro por esta proposición, replica: No tienes tú parte ninguna en esta gracia. ¿Piensas que se puede comprar con dinero el don de Dios? Perezca tu dinero contigo».

A pesar de la indignación que produjo en los Apóstoles la monstruosa proposición de Simón, y de que se dan cuenta, que «*está lleno de maldad y envuelto en lazos de iniquidad*», el Apóstol Pedro trata de dirigirle hacia la fe verdadera, mostrándole el único camino, con estas palabras: «*Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad, y ruega al Señor por si tal vez te sea perdonado el pensamiento de tu corazón*» (Hechos 8: 22). El «si tal vez» de San Pedro expresa, no tanto la duda de Apóstol en la posibilidad de perdón, como de la sinceridad y falta de arrepentimiento de Simón. La actitud de Simón Mago ante esta solemne advertencia, parece más bien liviana; en efecto, no promete arrepentirse, y en vez de buscar humildemente el perdón de Dios en oración, trata de que alguien interceda por él. Todo ello nos muestra, que a pesar de un

cierto temor por las consecuencias de su pecado, no sentía la necesidad de allegarse a Dios, a quien había ofendido. Esta manera de obrar de Simón nos recuerda el falso arrepentimiento de Judas Iscariote, quien después de haber pecado vendiendo al Hijo de Dios, fue a confesar su falta ante los sumos sacerdotes judíos, en vez de dirigirse al Señor Jesucristo en quien hubiera hallado amplio perdón y abundante misericordia.

Aunque en la Santa Escritura no se vuelva a mencionar a Simón Mago, por los escritos de algunos Padres de la Iglesia sabemos que el que había profesado ser cristiano y fue bautizado, se convirtió en un acérrimo enemigo del Cristianismo, cumpliéndose en él el proverbio que el Apóstol Pedro cita: «*Volvióse el perro a su vómito, y la cerda, lavada, vuelve a revolcarse en el cieno*» (II Pedro 2: 22). Pero, veamos a este respecto lo que Eusebio en su Historia Eclesiástica escribe: «Quien lo quisiera podrá conocer en los libros mencionados de Ireneo, donde se encuentran tratados cuidadosamente, los orígenes, la vida, las causas y naturalezas de sus falsos dogmas, las aficiones e instituciones, no solamente de Simón, sino también de cada uno de los restantes fundadores de la maldad herética. Sabemos que este Simón ha sido jefe y creador de malignidad herética. Por lo cual algunos profesan su secta hasta nuestra misma edad, habiendo simulado abrazar la religión cristiana llena de modestia y de santidad; en adelante, sin embargo, volverán a caer en el culto supersticioso de los demonios, que parecían rechazar, ya que se humillan inclinados ante las imágenes y pinturas de Simón y de aquella Elena, y no se avergüenzan de darles culto mediante inciensos, sacrificios y libaciones. Ciertamente están llenísimas de estupor, de demencia y de insanía las cosas secretas que tienen lugar entre ellos; para emplear las mismas palabras del oráculo que tienen prescrito se quedan estupe-

factas; de tal modo que, no solamente por escrito, sino tampoco de palabra, puedan ser expresadas por los hombres modestos a causa de su excesiva torpeza y obscenidad».

Quisiéramos terminar el relato sobre la falsa conversión de Simón Mago, con un consejo apostólico que San Pablo repetía frecuentemente a los cristianos de los primeros años de la Iglesia. Sirvan las palabras del Apóstol para evitar que caigamos en el funesto error en que cayó Simón, antes bien tengamos por suprema gloria la cruz de Cristo, llenando nuestro corazón de fe y esperanza en el poder redentor del Señor. Así escribe el Apóstol: «*Muchos andan por ahí, de quienes a menudo os dije, y ahora aun con lágrimas os lo digo, que son enemigos de la cruz de Cristo, cuyo paradero será la perdición, cuyo Dios es el vientre y cuya gloria está en su vergüenza: esos que tienen puesto el corazón en las cosas terrenas. Porque somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos al Salvador y Señor Jesucristo, el cual transfigurará nuestro cuerpo de bajeza, conforme a su cuerpo glorioso, según su poderosa acción capaz de someter a sí todas las cosas*» (Filipenses 3: 20).

XV

JUDAS ISCARIOTE

«*Mejor le fuera a aquel hombre no haber nacido*» (Mateo 26: 24).

Dante en su famosa obra «La Divina Comedia», coloca a Judas en lo más profundo del infierno, en la misma boca de Lucifer, diciendo que éste le trituraba a mordiscos, y con sus garras le arrancaba la piel dejándole los lomos en carne viva. Aunque no con tanta imaginación, todos, en general, ponen a Judas entre los más aborrecibles malvados que ha conocido la humanidad. Sin embargo, en no pocas ocasiones se pasa por alto el hecho de que Judas fue uno de los Doce Apóstoles, y que por lo tanto puede ser contado entre los convertidos a Cristo.

La primera dificultad, pues, que encontramos al estudiar la vida de este Apóstol de Jesucristo es, si verdaderamente fue un hombre convertido. Como hemos visto en el caso de Simón el Mago, hay personas que a pesar de todas las apariencias externas que parecen probar la realidad de su conversión, ésta es sólo una conversión superficial, o por mejor decir, una falsa conversión. Podemos afirmar, sin lugar a dudas, que Judas es un caso típico de conversión falsa. No será fácil la tarea de demostrarlo, pero a través de los

Santos Evangelios hallamos un cúmulo de indicios que nos ayudarán a llegar a conclusiones precisas en este caso de Judas, el Apóstol traidor.

Se cree que Judas Iscariote, hijo de Simón, era el único Apóstol de Cristo originario de Judea. San Jerónimo declara que el apelativo de Iscariote se refiere a la aldea de Queriot, de donde procedía Judas. Esta aldea es mencionada por el historiador Josefo, y estaba enclavada en Judea, aunque no puede localizarse con certeza el lugar.

Se desconocen las circunstancias en que Judas entró en contacto con Jesús, pero lo más natural es creer que siguió las mismas etapas que los demás condiscípulos suyos. Ante el anuncio de Juan el Bautista, el heraldo del Rey, proclamando: «*Arrepentíos, porque el reino de los cielos está cerca*» (Mateo 2: 2), Judas sentiría inflamarse su celo religioso y judaico, decidiendo darse por completo a aquel nuevo ideal mesiánico que encarnaba Jesús, el joven profeta de Galilea. No hay razón para creer que, al principio, Judas era un monstruo, como se nos lo quiere presentar; era, sin duda, un judío como los demás de su tiempo. Su entusiasmo por la causa del Divino Maestro estaba probablemente condicionado al éxito de éste, pues pensaba participar personalmente en los triunfos de aquel Mesías-Rey. Si es cierto que puede reprochársele algo de ambición en los motivos que le impulsaron a unirse al Mesías, no era menos la que sentían los hijos de Zebedeo y su madre Salomé, cuando, ante la indignación de los demás discípulos, pidieron a Cristo los dos principales puestos del reino, antes de que éste se estableciera. Tampoco era menor la ambición de Pedro, cuando en una ocasión pregunta al Maestro: «*Nosotros lo hemos dejado todo y te seguimos: ¿qué habrá, pues, para nosotros?*» (Mateo 19: 27). No hay duda que la pasión de Judas por el joven Mesías era tan profunda como la de cualquier otro

discípulo; podría incluso admitirse cierta sinceridad, mezclada de egoísmo, en Judas, por la causa de aquel reino mesiánico, que su ambiciosa y fanática imaginación había creado.

La tragedia en la vida de Judas, que debe hacernos reflexionar, es que habiendo comenzado como los demás, albergó y acarició en su corazón un germen de codicia que le llevó a las cadenas de la avaricia, llegando a vender a su Maestro por la irrisoria cantidad que la ley fijaba como indemnización por la muerte de un buey.

El tenebroso camino recorrido entre el día en que Jesucristo le escogió como Apóstol, y su acto de traición, nos lleva a enfrentarnos con el problema de la elección de Judas. ¿Se equivocó Jesús al escoger a Judas? La respuesta es negativa, y en los Evangelios se nos dice claramente que, «*Jesús sabía desde un principio quiénes eran los que no creían y quién era el que le había de entregar*» (Juan 6: 65). Jesús pudo haber elegido a Judas con la esperanza de lograr vencer sus tendencias egoístas, que no ignoraba. Si el Maestro hubiera rechazado desde el principio a todos los que le seguían por motivos ambiciosos, habría tenido que quedarse solo, o casi solo, como en alguna ocasión le ocurrió. No sólo escogió a Judas para tenerle cerca de él, sino que además le confió una de las tareas más delicadas de la pequeña comunidad que formaban Cristo y sus discípulos, como era la de guardar su pequeño peculio. Estos privilegios concedidos a Judas implicaban un especial empeño del Maestro para facilitar la verdadera conversión de Judas. Es cierto que esta confianza que Cristo mostraba en su incipiente Apóstol, incluía una responsabilidad creciente por parte de Judas, puesto que le concedía la ocasión de curar de su mal moral, o hundirse para siempre en el abismo de su codicia, rechazando los llamamientos de la gracia de Cristo. San Juan Crisóstomo, con su descriptivo estilo, habla así en una de sus homilias: «Antes

y después a la continua le amonestaba, y le cohibía con palabras, con temor, con obsequios, con amenazas, con muestras de honor. Pero nada le apartó de aquella su terrible enfermedad... ¡Cielos! ¡Qué ceguedad tan grande la del traidor!».

No hubo error en la elección de Cristo, y sí mucha paciencia y longanimidad, como la que tiene para todos los humanos sin distinción. La falsa conversión de Judas, es una ilustración viviente del terreno lleno de cardos, del cual habló Jesucristo en la parábola del sembrador, donde a pesar de haber sido sembrada la buena simiente de la Palabra de Dios, «*los cuidados del siglo y la seducción de las riquezas ahogan la Palabra y queda sin dar fruto*» (Mateo 13: 22). Así, el que había tenido el privilegio de oír las sublimes enseñanzas del Divino Maestro, y había sido testigo de tantos de sus prodigios, fue paulatinamente endureciendo su corazón a las realidades espirituales, y sin duda, despechado por no ver cumplirse sus planes materiales de la implantación del reino, se originó en él un conflicto moral y espiritual que desembocó en una de las acciones más viles que recuerda la historia. Existe un abismo de diferencia entre Judas y los demás Apóstoles. Aunque al principio todos, sin duda, estaban imbuidos por una visión carnal y materialista del reino, el contacto con Jesús produjo lentamente sus efectos, y aunque no se puede asegurar que antes de su muerte Cristo tuviera el gozo de hacerles comprender enteramente la esencia espiritual de su reino, sí logró la confianza, basada en la fe, de todos sus Apóstoles, exceptuando la de Judas.

La caída de Judas fue como la de tantos que han confundido el Cristianismo con un medio de lucro o un camino para lograr una buena situación. Cuando después de los primeros meses de ministerio en Galilea de relativo éxito, llegaron los momentos de dificultad para el Divino Maestro con las autoridades religiosas de Jerusalén, no empezó una crisis para Jesús, sino más bien para Judas. Este, sin duda, no comprendía la actitud pasiva de su Maestro, a quien consideraba con derechos de hacer prevalecer sus puntos de vista, para más tarde implantar el reino con el apoyo de todo el pueblo. La muerte de Juan el Bautista, y la aparente impotencia de Jesús en esta tragedia, así como su retirada de la escena pública, cuando el Maestro, según Judas, debía mostrarse más agresivo, fueron tremendos golpes que hicieron tambalear su concepto material del reino. Pero lo que más influyó en su malquerencia y rebeldía contra el Maestro, fueron aquellos, para él, presagios de Jesús respecto a su próxima muerte y sufrimientos en manos de los rectores de Israel. La impresión que al principio producían las enseñanzas del Maestro en su alma, fue desvaneciéndose a la luz de esta tremenda realidad. Para Judas todas las obras de misericordia de Cristo, así como sus milagros, no tenían razón alguna de ser, sino a la luz de la instauración del reino y se daba cuenta, a medida que el el tiempo transcurría, que su concepto básico del reino estaba fracasando precisamente en la persona misma del Cristo. Aunque probablemente no estaría de acuerdo con las declaraciones farisaicas de que Jesús, «*echaba los demonios por el poder de Beelcebú, príncipe de los demonios*» (Mateo 12: 24), sin embargo, Judas consideraría como algo diabólico esa pasividad del Cristo que impedía se produjera lo esencial para él: la implantación del reino mesiánico. Todo ello, junto a la creciente ambición de lucro, no en balde el Evangelio le llama «ladrón», condujeron a Judas al vil acto de traicionar a su Maestro.

Aunque no todos están de acuerdo en cuando se produjo el momento culminante de la crisis en la vida de Judas, parece que lo que hizo desbordar la copa de su encono contra Jesús, fue la reprensión que éste le dirigió en ocasión

de su ungimiento por María de Betania, en casa de Simón el leproso. Se recordará que María, la hermana de Lázaro, a quien había resucitado Jesús, ungió al Señor durante la cena, con una libra de perfume carísimo. El primero en protestar fue Judas, alegando hipócritamente que el importe de aquel despilfarro, unos 300 denarios, podía haberse repartido bajo su cuidado entre los pobres. San Marcos el evangelista, nos relata como después de las palabras un poco secas que el Maestro dirigió a Judas, éste «*se fue a los sumos sacerdotes para entregárselo*» (Marcos 14: 10). Con razón San Jerónimo escribe refiriéndose a este episodio: «¡Ay de Judas! Vendiendo a su Maestro quiere compensar la pérdida que creyó haber sufrido con el derramamiento de aquel ungüento».

En Judas hallamos no sólo una falsa conversión, sino además un falso arrepentimiento. En efecto, los Evangelios nos relatan que cuando Judas «*vio que Jesús había sido sentenciado a muerte, se arrepintió*» (Mateo 27: 3). Hay razones, sin embargo, para dudar de que se tratase de un arrepentimiento sincero; lo prueba el hecho de que, en vez de dirigirse al agraviado, a su Maestro, quien durante largos meses se había mostrado paciente y perdonador con él, se presenta a los sumos sacerdotes en un tardío intento de reparar su traición, proclamando la inocencia de Jesús. La ruda y despectiva manera con que le recibieron, hizo comprender a Judas que de nuevo había errado el camino. Más bien que un genuino arrepentimiento, el Apóstol traidor experimentó un insoportable remordimiento que le condujo finalmente al suicidio. Su indigna acción no podía tener otro fin, pues él mismo se fue cerrando todas la salidas hasta quedarse terriblemente solo. En efecto, no pudo acudir ni a sus condiscípulos, ni a los cielos, ni a los ángeles, y aun los enemigos de Cristo, por un momento sus aliados, le rechazaron

diciéndole: «*¿A nosotros qué? Tú lo verás*» (Mateo 27: 4). Solamente le quedaba el recurso de acercarse a Jesús, a la víctima de su traición, pero la falta de arrepentimiento sincero le impidió aprovechar este último y seguro medio de salvación. Su soledad moral y espiritual desembocó fatalmente en la típica muerte de las almas ruínes y cobardes.

No hallamos mejores palabras para terminar, que las que pronunció San Juan Crisóstomo en una de sus homilias. Sirvan las advertencias de este Padre de la Iglesia, para evitar que caigamos en la misma suerte que aquel que llamándose Apóstol de Cristo, y gozando de los más sublimes privilegios, se condenó a causa de una falsa conversión: «Escuchad, todos vosotros los codiciosos, dice el Crisóstomo, y evitad la calamidad. Porque si el que estuvo con Cristo, y obró milagros, y tuvo el beneficio de tanta instrucción, por no haberse librado de esta enfermedad, se hundió en semejante sima, cuanto más, vosotros, que ni siquiera escucháis las Escrituras, que os apegáis de continuo a las cosas presentes, caeréis fácilmente en esta calamidad, a menos que tengáis cuidado constante».

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PADRES Y DOCTORES DE LA IGLESIA

— Las conversiones de algunos Padres de la Iglesia relatadas por ellos mismos.

SANCHO PANZA Y EL ALMA ESPAÑOLA

— Charlas radiofónicas sobre la filosofía cervantina a la luz de las Santas Escrituras.